

BOLSILIBROS
BRUGUERA

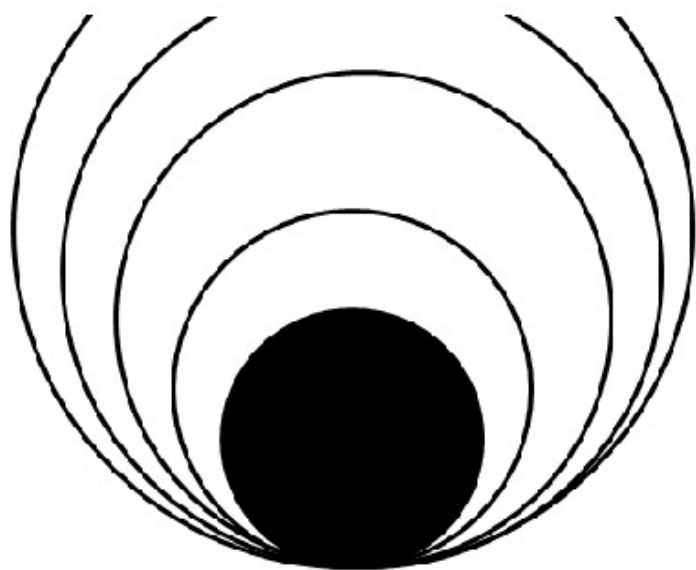
PUNTO
ROJO

MIEDO BAJO EL SOL

Curtis Garland



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.635 — Ella no existía.

En Colección PUNTO ROJO:

1.017 — El yate del pánico.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

SOL

MIEDO BAJO EL

1026

Colección PUNTO ROJO n°

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 32 389-1981

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición: diciembre, 1981

© Curtís Garland - 1981

texto

© Miguel García -1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

—Bien, Melina. Ha llegado el momento.

Ella se estremeció ligeramente. Evitó mirarle. Una profunda angustia, una inseguridad tremenda, se reflejó en su bello rostro

meridional, en la profundidad de sus ojos color ámbar oscuro.

La vio humedecer los labios con cierto nerviosismo. Su voz apenas fue audible:

—¿Crees que es cierto?

—¿Cierto? ¿El qué?

—Todo esto, Ralph. ¿Es cierto que ha llegado el momento?

—Claro. Soy el que mejor puede saberlo —sonrió él—. Recuerda que soy tu medico. . .

—Sí, sí. Pero eres algo más que mi médico. Eso puede confundir tu diagnóstico. . .

—En absoluto —rechazó él con énfasis—. No hay nada que pueda confundirme. Antes que nada, soy tu médico. Después, tu prometido, Melina. Una cosa no interfiere la otra, te lo aseguro.

—¿Tratas de darme fuerzas, de inculcarme valor?

—No. No lo haría. Creo que el valor y las fuerzas deben estar en ti. Es lógico que tengas dudas, que vaciles. Pero sé que es el momento. Hay que salir de este recinto. Y olvidarlo.

—Olvidar. . . —suspiró ella—. No es fácil hacerlo, Ralph..

—Lo sé —sonrió él, apoyando una mano en su hombro, con dulzura pero con firmeza también—. Sin embargo, es preciso olvidar. No pensar en muchas cosas. Quedaron atrás. Melina. Enterradas para siempre.

—Quizás tengas razón —respiró con fuerza y le miró agradecida — ¿Cuándo va a ser?

—Ahora mismo. Ya tienes el alta en tus manos. Te basta presentarla al servicio de control de la entrada. Te entregarán tus cosas y sellarán ese volante. Serás libre.

—Libre...—repitió ella, como un eco susurrado.

—Libre por completo, querida. Podrás cruzar esa puerta, salir a la calle, respirar profundamente, olvidar que has pasado aquí casi un año de tu joven existencia. Yo me reuniré en seguida contigo. Y dispondremos de un mes para nosotros solos. Un mes de vida lejos de aquí, de todo lo que te recuerde este largo tratamiento.

—Sí, Ralph. . . Me parecerá mentira pisar de nuevo la calle, saber que vuelvo a ser yo misma. Y que estoy curada. . .

—Totalmente curada, Melina —asintió el joven—. De eso no me cabe la menor duda. Ni al doctor Callahan tampoco. Ambos estamos de acuerdo en que lo que necesitas es justamente salir de aquí y no volver nunca más. Yo te ayudaré en eso. Sabes que he pedido el traslado. Dentro de un mes, me lo habrán concedido y cuando regresemos iré a otro lugar a prestar mis servicios. Este lugar se quedará atrás para siempre, como tantas otras cosas.

—Dios lo quiera, Ralph. Pero sigo teniendo miedo. Miedo al exterior, a la luz del sol, a las calles. . . a la libertad.

—No creo que veas mucho sol hoy en Londres —no él con buen humor—. Te aseguro que, como de costumbre, está nublado y amenazando lluvia. Es Londres, querida, no tu tierra natal. . .

—Es verdad —ella también sonrió, contagiada por el buen humor del joven médico—. Casi lo había olvidado.

—No te preocupes. Pronto estaremos en otro lugar mejor que éste, bajo el sol que te vio nacer y crecer Melina.

Súbitamente, el rostro de la joven se nubló. Pareció repentinamente asustada, como si perdiera de pronto la confianza en sí misma, al oír las palabras del médico.

—Dios mío... —jadeó.

—¿Qué? —él la miró fijamente.

—¿Es... es absolutamente necesario, Ralph?

—Inevitable —asintió el médico—. Llegamos a un acuerdo, ¿no?

—Sí, pero... tengo miedo. No sé si podré soportarlo...

—Claro que lo soportarás. No puedes rehuir, enfrentarte con todos los traumas del pasado. Ahora sabes que sólo son eso: traumas que deben desaparecer de modo definitivo de tu memoria. Es la última parte del tratamiento, y no vas a estar sola para afrontarlo, querida.

—Lo sé —bajó los párpados, respirando hondo—. Lo sé, Ralph. . . Tú estarás a mi lado en ese momento.

—En ése, y en todos los momentos —afirmó él rotundo—. Hasta que todo quede definitivamente resuelto.

—¿Y si falla, Ralph? ¿Y si el tratamiento es un fracaso en ese punto. . . y regresamos al principio otra vez? No podría soportarlo. . .

—No va a ocurrir eso. Yo sé que no ocurrirá, Melina. Y tú también debes de estar totalmente convencida de ello.

—Quisiera estarlo, Ralph, pero. . . me asusta la idea de enfrentarme así, tan directamente, con todo lo que pasó entonces, andar por los mismos lugares, ver los escenarios donde todo sucedió...

—Te dije que es inevitable afrontar esa experiencia. O jamás serás la mujer que yo deseo, totalmente curada y sin fantasmas en la mente.

—Ralph, tendrás que estar muy cerca de mí cuando ese momento llegue. A mi lado, tratando de darme fuerzas para que todo salga bien.

. . .

El asintió. Sus manos resbalaron por los hombros de la muchacha, presionaron su espalda y la atrajeron hacia sí. Ella se dejó manejar dócilmente, sin oponer la menor resistencia. La boca húmeda se entreabrió. Los labios jóvenes, carnosos, seductores, de muchacha morena y meridional, se pegaron a ¡a boca firme de él. El beso se prolongó mientras ambos cuerpos permanecían unidos fuertemente, sintiendo cada uno las palpitaciones del otro y el calor tibio de su piel, tan fundidos se encontraban en ese instante.

—Ralph. . . —musitó ella al separarse, mirándole turbiamente—.

Oh, Ralph, cariño. . .

—Esto no forma parte del tratamiento —sonrió él. contemplándola tiernamente—. Lo siento. Un médico no debe abusar de su paciente.

—Oh, no seas tonto —le reprendió ella con suavidad—. Te quiero, Ralph. . .

El joven médico la atrajo de nuevo hacia sí. Su rostro enérgico, atractivo, viril, reflejó profundo amor cuando la besó otra vez y acarició aquel cuerpo con sus manos rudas y suaves a la vez.

—Creo que está bien como despedida momentánea —respiró hondo, separándose de ella—. Nos veremos mañana mismo.. Será mi primer día de libertad absoluta. Pero también el primero de tu esclavitud a un hombre con quien has convivido todo este tiempo teniendo que soportar todas sus órdenes. ¿Crees que podrás aguantarme todavía más,

—Tú hiciste de este encierro un verdadero sueño, una esperanza y una fe en el mañana, Ralph. De otro modo, hubiera muerto aquí dentro, sin confianza en nada ni en nadie, y menos aún en mí misma. Estoy deseando ser la señora Bridges, te lo confieso.

—No te arrepentirás de ello —prometió él con tono persuasivo—. No estarás sola en ningún momento. Me tendrás a tu lado. Dispuesto a ayudarte en todo.

—Creo que de ese modo, no tendré miedo alguno —murmuró ella, confiadamente—. Hasta mañana, Ralph querido.

—Hasta mañana. Ve a las señas que te he dado. La señora Penny Weather es una mujer algo gruñona, pero una excelente persona en el fondo. Viví allí algún tiempo, antes de trasladarme a mi actual residencia. Me dijo que te cuidará como si fueras su propia hija, hasta que yo llegue mañana para recogerte y dirigirnos a la capilla. De todos modos, llámame al llegar. Me gustará saber que estás allí y que todo va bien.

—No te preocupes. Te llamaré en seguida. Yo también estaré deseando oír de nuevo tu voz.

Se separaron dándose las manos y soltándolas lentamente, las miradas fijas en sus respectivos ojos. Luego, la joven taconeó hacia la salida. Ralph suspiró, viéndola alejarse hacia la salida, por fin liberada de su obligado encierro en aquella clínica privada, destinada a enfermos psíquicos.

Ahora, Melina Zorbe, la joven anglo-griega, regresaba al exterior. Volvía a ser libre, aunque todavía quedase en su mente el recuerdo de un tenebroso trauma del pasado. Por eso aún faltaba el último intento, la prueba suprema de la terapéutica psiquiátrica que su superior, el doctor Callahan, como director de la clínica, acostumbraba a aplicar a sus pacientes para vencer de una vez por todas sus complejos y sus

obsesiones: él enfrentamiento con la cruda realidad, con los propios fantasmas del enfermo. Una prueba dura y peligrosa. Pero casi siempre válida.

Sólo que esta vez, la joven paciente iba a tener a su favor una baza con la que no contaban los demás: la presencia de su joven médico a su lado, para ayudarla y servirle de protección en todo.

Porque para entonces, no sería solamente el médico quien estaría junto a ella, sino su propio esposo, el hombre de quien se sentía profundamente enamorada.

* * *

Fue una ceremonia sencilla, en una pequeña capilla católica de la ciudad, sin más invitados que la señora Peenywather, que lloró de emoción al ver a su anterior inquilino convertirse en hombre casado, y un par de testigos nombrados por el sacerdote.

Al término de esa breve e íntima ceremonia. Melina Zorbe era ya Melina Bridges, esposa del joven doctor Bridges.

—Creo que me siento la persona más feliz del mundo —confesó la muchacha, emocionada, tras besar a su flamante marido.

Este sonrió, mirándola profundamente mientras la alzaba en sus brazos con toda facilidad. Su voz jovial y vigorosa, que tanta confianza infundía, respondió tiernamente a la muchacha:

—Eso no es posible, Melina. Si acaso, una de las dos personas más felices. La otra soy yo. cariño. . .

—No discutiremos por eso —rió ella, jovialmente—. Dejémoslo en empate.

—Como tú digas —salieron del templo, y miraron al sol que, como queriendo sumarse a la brillantez del momento, había logrado romper el palio gris de nubarrones, dando un dorado fulgor a la tarde londinense.

La señora Penny Weather seguía llorando de emoción cuando se despidieron de ella y ambos jóvenes emprendieron el viaje a la casa de él, en el coche de Ralph.

Rodaron por la ciudad a velocidad moderada. Melina parecía absorta en la contemplación del exterior, de las gentes y las calles, como si todo fuera nuevo para ella,

Antes de llegar al domicilio de Ralph Bridges, donde iban a residir momentáneamente la joven pareja, a la espera de iniciar su viaje de luna de miel dos días después, el médico redujo la marcha. Miró a través del retrovisor. Melina captó en su rostro una cierta expresión de perplejidad.

—¿Has conocido a alguien ayer, en Londres, mientras esperabas mi llegada a casa de la señora Penny Weather? —preguntó.

—No —Melina abrió mucho los ojos, sorprendida—. ¿Por qué lo dices? Sólo di un breve paseo por la ciudad. Casi todo el tiempo estuve con la señora Peeny weather en casa. Y, desde luego, no conocí a nadie

—Juraría, sin embargo, que nos siguen —murmuré él con voz grave.

Ella giró la cabeza, sobresaltada. Miró a la calle despejada.

—No veo a nadie.

Ralph arrugó el ceño y volvió a mirar por el retrovisor. Mostró extrañeza.

—Es verdad —dijo—. Tal vez me confundí, pero es raro. . .

Y meneó la cabeza, confundido, sin añadir más. Melina rió entre dientes.

—¿Te gustan los relatos de espionaje, quizás? —preguntó irónica.

—No te burles de mí. Creí que un coche color dora do oscuro nos seguía. Era un Austin.

Siguieron rodando hasta llegar ante la casa que Ralph ocupaba últimamente, un piso bastante amplio en pleno rail Malí. El médico se dispuso a aparcar ante la casa. De súbito, señaló hacia la esquina cercana, al otro lado de la calle.

—¡Mira eso! —dijo con voz tensa.

Ella siguió la dirección de su índice. Si escapó una exclamación de entre sus labios. Allí estaba aparcado un Austin dorado oscuro. No se veía a nadie en su interior.

¿Ese es el coche? —murmuró ella.

—Sí. El mismo. No puede haber dos iguales, tan cerca uno de otro. Y está aparcado ante mi domicilio. . . que ahora es el de los dos. Raro, ¿no?

—Quizás llevaba esta misma dirección y por eso parecía seguirnos.

—¿Y se eclipsó cuando yo le vi por el retrovisor y reduje la marcha? —dudó Ralph ostensiblemente—. No sé. . . Espera aquí un momento.

Caminó a través de la calzada. Ella permaneció sentada en el coche, inquieta, siguiéndole con mirada de preocupación. El médico se inclinó sobre el vehículo. Escudriñó el interior y anotó la matrícula, que era londinense. También pareció mirar algo en el parabrisas, que también anotó, regresando junto a ella. En todo el tiempo, nadie apareció por los alrededores que se molestara en preguntarle a Ralph Bridges la causa de su curiosidad.

—¿Y bien. . .? —preguntó Melina cuando él abrió la portezuela, invitándola a salir.

—Es un coche de alquiler —dijo—. Lleva en el parabrisas la marca de una empresa de arrendamiento de vehículos sin chófer. No

aclara mucho, ¿verdad?

—No, no mucho. Ralph, ¿te gusta jugar a policías?

—No seas tonta —rió él, rodeándola con su brazo—. Vamos arriba. Ya he hecho bastantes tonterías por hoy.

—¿Incluida tu boda conmigo?

—Eres incorregible —respondió él, divertido—. No sabía que tuvieras tanto sentido del humor, querida.

—Oh, es que no me conoces del todo. Soy otra muy distinta a la que conociste en aquel horrible lugar.

—Eh, eh. Recuerda nuestro pacto. Nada de hablar de la clínica. No todavía. Eso pasó. Y no volverá jamás.

—Ojalá sea así. . . —musitó ella.

Entraron en la casa. Ralph tenía ya a punto la cena de esponsales, con velas rojas y una mesa bellamente dispuesta. En el frigorífico, la cena fría y el champaña estaban dispuestos. Salmón con gelatina de pescados, carne asada con guarnición y pudding de frutas.

En un tocadiscos, suave músicaailable. La cena a la luz de las velas, las burbujas del champaña, el aire íntimo y acogedor. . . y luego el lecho para ambos jóvenes, donde iniciarían su luna de miel. Sobre un mueble, diversos folletos turísticos sobre Grecia y las islas del mar Egeo, así como dos pasajes en avión Londres-Roma-Atenas, para el día siguiente.

Fue una hermosa noche para ambos. El vestido de novia de Melina había quedado colgado en un perchero del salón, cerca de la mesa con las velas ya apagadas y los servicios y vajillas de la cena sin recoger. Un rayo de luz lunar penetraba por un ventanal, iluminando de modo casi fantasmal el blanco del vestido de la joven novia, en su colgadura, de modo que parecía una sombra humana erguida en medio de la sala. . .

Pasaron las horas.

Era ya la madrugada cuando despertó Melina sintiendo sed a causa de la poca costumbre en tomar champaña y por el exceso de sal de alguno de los alimentos ingeridos. Su joven esposo dormía profundamente. Saltó sobre él ágilmente y casi desnuda, cruzó de puntillas el dormitorio y llegó al salón. Se dirigió a la cámara frigorífica, que abrió, para extraer una botella de agua fresca.

La claridad del interior del frigorífico se proyectó sobre el vestido de novia que colgaba ante ella como un suave fantasma. Melina, sonriente, alzó la cabeza, contemplándolo.

Un grito de horror infinito escapó de su garganta. La botella huyó de sus dedos, estrellándose en el suelo.

Tambaleante, retrocedió, sintiendo sus cabellos erizados. Del dormitorio llegó una imprecación, el crujido de la cama al saltar de ella Ralph, y el grito ronco de éste, llamándola:

—¡Melina, Melina! ¿Qué sucede?

No respondió. No podía. Había perdido voz y aliento.

Su mirada dilatada, llena de terror, estaba fija en lo que aparecía bajo el alzado velo blanco del traje de novia.

Había allí un rostro. La descarnada faz de una calavera.

La Muerte iba vestida de novia. La carátula huesuda de un esqueleto, vestido inexplicablemente con sus ropas blancas, asomaba entre los pliegues impolutos del atavío nupcial. Dos cuencas vacías y una descarnada sonrisa macabra aparecían ante ella con toda su horrible expresión. Las manos y pies del esqueleto, asomaban igualmente a los extremos de las mangas y las faldas del vestido de novia.

Cuando Ralph Bridges penetró en el salón como una centella, llegó a tiempo de recoger entre sus fuertes brazos el cuerpo exánime de la joven.

CAPITULO II

El cielo era azul y brillante sobre sus cabezas. Un día meridional, luminoso y limpio, sobre cuyo fondo sin nubes destacaba en todo su esplendor el glorioso resto de una gran civilización, de una época que marea un hito en la Historia de la Humanidad.

Ruinas de impresionante belleza, amontonadas como muñones de piedra cargados de evocaciones, de recuerdos y de siglos, en torno a las columnas todavía orgullosas del Partenón la Puerta de Beulé, Propileos, el Templo de Atenea Niké, el Erectrón. . .

La maravillosa Acrópolis ateniense, como meta suprema del visitante que buscase las bellezas naturales de la Grecia Antigua, de la Grecia Eterna. Y deambulando entre ellas, las notas multicolores de los turistas. Sus indumentarias livianas, de brillante colorido, los rostros fascinados o asombrados, las cámaras fotográficas o de filmación buscando exhaustivamente el encuadre, el efecto, el recuerdo mágico impreso en un negativo. El anacronismo eterno del visitante de hoy entre la mística enigmática de los restos del ayer. Dos épocas distintas, mezcladas en unos instantes de febril actividad humana y de admiración indisimulable.

Eso era detenerse, girar la cabeza, contemplar a los demás. Todo un espectáculo también, puesto que razas, gentes de todos los países, creencias religiosas, tradiciones y culturas, iban a postrarse metafóricamente, con el mismo pasmo, ante el prodigio de piedra de la Atenas del pasado, ante las ruinas que conservaban el aroma

intangible y profundo de lo hermoso, lo sublime, lo genial.

—Es fantástico, la verdad. . .

Ella le miró. Con cierto aire ausente, como distraída. Era igual que si no estuviera allí donde tantas cosas había que ver. Como si estuviera muy lejos de aquellas columnas y dé aquellas estructuras de piedra que habían sobrevivido a los siglos, a la Historia y a la decadencia de un pueblo y de una civilización.

—Perdona.. ¿Decías algo, querido? —musitó.

—Sí, Melina. Todo esto es muy hermoso —la observó, con una sombra de preocupación en sus ojos grises y penetrantes—. Has nacido en una tierra muy bella.

—Sí, es un país único y maravilloso.

—No pareces muy entusiasmada, sin embargo. . .

—Oh, no te preocupes de eso. Pensaba, simplemente. . .

—¿En qué, Melina?

—En cosas. Cosas mías, nada importantes. Sigamos, Ralph, Siguieron caminando cogidos de la mano. El la miró de nuevo, de soslayo, con aire pensativo. Su pregunta fue breve y seria:

—¿Vuelves a pensar en. . . en aquello?

Ella se estremeció ligeramente. Pero no corría ni un poco de brisa. Sus dedos apretaron algo más fuertemente los de Ralph.

—No, no —susurró—. Eso no.

—Creo que ya hicimos todo lo posible por dejarlo olvidado y resuelto. Creo que vale más no pensar en ello y torturarse, Melina. Fue una broma pésima, macabra y de muy mal gusto. . . si es que fue una broma. Pero eso es todo.

—¿Crees que pudo no ser una broma?

—Oh, Melina, hemos hablado de eso repetidamente desde que sucedió. Recuerda que incluso llamamos a la policía para intentar desenmascarar al posible bromista. No se halló nada en concreto. El esqueleto utilizado es mío y tenía que haber estado en mi despacho. Alguien entró en la casa subrepticamente y cambió esqueleto de plástico de mi despacho al salón, colgándole las ropas de novia. Una ocurrencia desagradable perversa, la verdad. Aparte de mí mismo y de la mujer que limpiaba el apartamento, nadie más tenía otra llave, salvo quizás la empresa inmobiliaria que lo arre daba. El coche dorado fue investigado por la policía, resultó haber sido alquilado a un extranjero que dio i nombre falso, y a quien no se pudo hallar. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—Sé que nada más, Ralph. Pero a veces, no puedo dejar de recordar aquel horrible momento. . . — gimió ella.

—Por fortuna, estabas ya totalmente curada y no afectó en exceso. —¿Tú crees?

—Por supuesto. Cualquier mujer en tu situación hubiera

reaccionado igual o peor que tú. Me siento orgulloso de tu valor y comportamiento en tal trance. Pe eso no obsta para que haya alguien lo bastante malvado como para querer hundirte de nuevo con un sus de semejante calibre.

—Eso ya me lo has dicho antes, Ralph.

—E insisto en ello —se sentó en unas venerables piedras e invitó a la joven a hacer lo mismo a su lado. La miró fijamente, apretando sus manos con calor. Compréndelo, Melina. Tiene que existir un motivo bastante serio e importante como para que alguien atreva a entrar en una vivienda ajena, y llevar a cal esa maniobra en plena noche. Si fue la misma persona que nos seguía con el coche dorado, ¿por qué lo hizo? Eso es lo que quiero averiguar a toda costa.

—Ya te dije que no puedo ni imaginarlo, querido —suspiró ella, con aire de fatiga.

—Lo sé. Pero tiene que existir ese motivo. Y el motivo está en ti.

¿En mí? —se sobresaltó ligeramente la joven.

—Por supuesto. En mí, no está. Sería ridículo imaginar que alguien quiere darme un susto en mi noche de bodas. En primer lugar, porque a los hombres no se les asusta tan fácilmente, y en segundo lugar porque sabían positivamente que el esqueleto era mío, y un médico no se asusta ante un tradicional esqueleto de plástico de los que utiliza habitualmente en sus clases o como simple decoración profesional.

—Pero. . . ¿por qué a mí? ¿Quién podría desear aterrorizarme?

—A eso iba —Ralph Bridges frunció el ceño, contemplando a la joven con fijeza—. ¿Qué motivo puede existir para eso, Melina?

—Ya te lo he dicho: ninguno.

—Es imposible —resopló Ralph, meneando la cabeza—. Tiene que existir. Sea el que sea. Veamos: tú dijiste que tienes familia aquí, en Grecia.

—Por supuesto. Sabes que telegrafíé notificando mi boda. Que vendrán a recogernos al puerto de El Pireo mañana mismo, para llevarnos a casa de mi tío Spyros a pasar unos días. . .

—Tu tío Spyros. Muy bien. ¿Y nadie más?

—No. Nadie más —ella bajó la cabeza, repentinamente ensombrecida—. Todos los demás murieron. Ya sabes, Ralph. . .

—Sí, sí, ya sé —se apresuró a afirmar Ralph, cortando la conversación en ese sentido con gran presteza—. Pero tu tío Spyros es rico.

—Sí. Muy rico.

—Y tú no.

—No, claro que no.

—Eso no tiene sentido, entonces. Sólo una persona que se beneficiase con tu enfermedad psíquica o con un ataque al corazón

causado por un gran susto sería capaz de algo semejante.

—Pues no es ése el caso, Ralph, tú lo sabes. Te has casado con una mujer sin fortuna personal de ningún tipo. De modo que tu teoría no es válida. Nadie gana nada con que me suceda algo a mí.

—Entonces no puedo entenderlo, cariño —exclamó el joven médico, poniéndose de pie y encogiéndose de hombros con aire cansado—. No tiene sentido nada de cuanto sucedió el día de nuestra boda en Londres. De modo que dejemos de momento el asunto. Sigamos visitando Atenas.

Ella asintió. Reanudaron el camino por entre las ruinas de la Acrópolis, en dirección ahora al Aerópago, el mítico lugar donde, según la leyenda, el dios de la Guerra, Ares, fue absuelto por un consejo divino de la muerte de uno de los hijos de Poseidón.

También según las mitológicas historias, el propio Aerópago, Corte Suprema de Justicia, consideró a Orestes no culpable de haber dado muerte a su madre. Y ya en más próximos tiempos, en aquel monte de sólidos escalones de piedra, llegó para predicar el Evangelio San Pablo.

Desde allí se encaminaron a las callejuelas pintorescas y sinuosas de la Antigua Grecia, con sus tabernas y restaurantes típicos, donde tan difícil es hallar siempre una mesa libre, especialmente en el barrio de Pláka.

Bruscamente, Ralph sintió la fuerte presión de la mano de Melina en la suya.

—Ralph. . .

—¿Sí? —se volvió a mirarla, sorprendido, mientras descendían por las escalerillas empinadas de una callejuela que descendía de los montes llenos de gloriosas ruinas.

—Ralph, esa mujer. . .

Se volvió, al captar la mirada de su pareja. No descubrió a nadie en la callejuela empinada. Un par de niños griegos gritaban y jugaban con unas esponjas. Eso era todo.

—¿Qué mujer? —se interesó.

Ella la buscó, también en vano, dirigiendo sus ojos a todos los puntos de la callejuela.

—Estaba allí —señaló a los escalones, a espaldas suyas—. Parecía seguirnos.

—Sería alguna turista —sonrió él, encogiéndose de hombros.

—No lo parecía. Y no es la primera vez que la he visto.

El médico se paró en seco. Notó fría la mano de su mujer en la suya.

—¿Qué dices? —preguntó, más serio el tono.

—Dirás que es una tontería, que vuelvo a dejarme impresionar por cosas raras. . . Pero la vi dos veces antes. En el Partenón y en el

Agora. . .

—Bueno, todo el mundo visita los mismos lugares, es normal.

—No se preocupaba por las ruinas y monumentos. Me miraba a mí.

—Vamos, vamos. Será imaginación tuya.

—No. No lo era. Se trataba de la misma mujer.

—¿Qué aspecto tenía?

—Es alta. Hermosa pero fría, inquietante; viste de color muy oscuro, casi negro. Y lleva gafas de sol con cristales de espejo y montura metálica, plateada, de fantasía. El pelo es negro, recogido en un moño, muy tirante.

—Una mujer especial. Por eso te fijarías en ella. ¿Seguro que te miraba a ti?

—Del todo, Ralph, te lo juro.

—Está bien, no tienes que jurar nada. Yo te creo, Melina. . . —sonrió, pensativo—. Bueno, supongo que también hay lesbianas en Grecia. Y tú eres muy hermosa.

—Oh, Ralph, no lo tomes a broma. . .

—Te aseguro que no bromeo en absoluto. Sigamos. Estoy convencido que no volveremos a encontrarnos con esa mujer, sea quien sea. Mira, allí hay una taberna típica, con platos tradicionales griegos y un vino que sin duda será excelente. ¿Qué tal si hacemos un alto y comemos algo?

—Sí, es una buena idea —aceptó ella, tímidamente.

Entraron en el local. Lo cierto es que no era uno solo, sino una serie de siete u ocho locales en sucesión continua, todos ellos dedicados a servir a los turistas los manjares más típicos de Grecia, desde el dzadziki, o salsa de pepino, ajo y yogurt, hasta la sopa de callos o magiritsa, pasando por los kéftedes o albóndigas especialmente guisadas con hojas de menta y orégano, o por los deliciosos mariscos cocinados en cazuela de barro, con vino blanco y salsa de tomate, todo ello aderezado por los excelentes vinos blancos y tintos de la región.

Tuvieron suerte en hallar una mesita en el interior, donde se acomodaron, pidiendo sopa de pescado y carne. Todo allí era limpio y acogedor en sumo grado.

Estaban probando un postre de frutas confitadas, cuando súbitamente, Melina lanzó un leve grito ronco y dejó caer sobre el mantel su copa de vino. Ralph la miró con rapidez. La muchacha estaba muy pálida, la mirada fija en la puerta del local, las pupilas dilatadas. Un obsequioso, moreno y flaco camarero griego, se había vuelto con cierto sobresalto al oír su grito.

—¿Qué sucede? —murmuró el joven médico con rapidez.

—Allí. . . —gimió ella—. La mujer. . .

Rápido, Ralph se volvió hacia la puerta. Vio la misma vacía, las vidrieras sin otras personas que las sentadas a las mesas de la acera, otro camarero sirviendo. . .

Rápido, se puso en pie, preguntando con voz sorda:

—¿Estás segura? ¿Qué hacía?

—Estaba parada ahí. . . Miraba hacia dentro. Hacia esta mesa, Ralph. . .

Bridges corrió a la salida resueltamente, tirando su servilleta sobre la mesa. Los demás comensales le miraron sorprendidos. Llegó a la puerta. Asomó. No vio a nadie que no fuesen Tos ocupantes de las mesas, el camarero, y los niñitos jugando en los escalones. Eso era todo.

Miró a uno y otro lado, en busca de la mujer de las gafas de espejo. No la vio. Preguntó el inglés algo al camarero. Este se encogió de hombros y respondió con monosílabos en un inglés defectuoso y torpe. Ralph meneó la cabeza y regresó a la mesa.

—Nadie parece haberla visto —dijo—. Y ahí fuera no había rastro de ella.

—¡Pero yo la vi, Ralph! —gimoteó Melina—, ¡No es un invento mío!

—¿Quién ha dicho que lo sea? —la miró con gesto preocupado—. Será mejor que nos vayamos. Puede que demos con ella por ahí. Y tendrá que explicar alguna cosa. . .

Pagó, sacando a Melina del restaurante cogida por un brazo. Caminaron calle abajo, mirando en todas direcciones. Pero ya no pareció descubrirla en parte alguna, porque regresaron al hotel sin novedad.

Ralph revisó las habitaciones previamente, comprobando que nadie les había querido gastar broma alguna en su ausencia. Ya parecía no fiarse de nada. Melina pareció aliviada cuando le vio terminar el examen de la suite

—Oh, Ralph, empiezo a tener miedo. . .

—¿Miedo? —la interrumpió él—. ¿De qué? ¿De una mujer de gafas de sol y pelo estirado?

—No, no. Temo que empiece a. . . a ver alucinaciones, que no esté realmente sana. . .

—Melina, no sigas por ese camino —la atajó con energía Ralph—. No has visto alucinaciones. Sencillamente, alguien nos sigue, por alguna razón. Quizás esto tiene algo que ver con lo de Londres. Empiezo a pensar que todo forma parte del mismo juego.

—Pero tú ni siquiera has visto a esa mujer. No puedes estar seguro de nada. . .

—Estoy seguro de ti, querida, y eso basta —la rodeó con sus brazos amorosamente—. Sé que estás totalmente sana. Si alguien

quiere probar lo contrario, no va a conseguirlo. Yo también vi en Londres un Austin color oro detrás de nosotros, y tú pensaste que no tenía importancia. Pero su ocupante jamás se dejó ver después, y esa misma noche ocurrió algo en casa que ambos conocemos muy bien. No, Melina, nadie va a persuadirme de que tú ves cosas que no existen. Existía ese coche, existió aquel maldito esqueleto, y sin duda existe esa mujer de ropas oscuras. Veremos si mañana, en El Pireo, volvemos a ver algo raro.

—Dios quiera que no —susurró ella apagadamente, aferrándose a él—. Por eso tengo miedo también, Ralph. No entiendo lo que ocurre.

—Ni yo. Pero insisto en algo: tú eres la razón de todo esto. Por alguna causa, hay personas interesadas en asustarte, en hacerte creer cosas que te alarmen y obsesionen. El mejor sistema es aceptarlo así y no seguirles el juego. Ocurra lo que ocurra, estoy junto a ti, Melina. Y no permitiré que nadie te haga daño, cariño.

Sus bocas se encontraron. Melina olvidó pronto todo temor. En brazos de él, se sentía totalmente segura, llena de confianza. Cayeron sobre el lecho, estrechamente unidos.

La luna de miel, pese a todo, seguía. Y bajo el sol de Grecia, en el Mediterráneo, el amor podía ser diferente a todo. . .

* * *

El Pireo era otro de los pintorescos rincones de Grecia que fascinaba al viajero, por su encanto cosmopolita y sus barrios de pescadores, con sus zonas deportivas y su mezcolanza increíble de pintoresquismo y de turistas de todo origen y raza.

Ralph y Melina aguardaron en un típico hotel del muelle, frente al azul Mediterráneo repleto de velas, chimeneas y redes de pesca, la llegada del yate de Spyros Zorbe, el tío de ella, que vendría a recogerles para llevarles a su lugar de residencia.

Aunque Melina no poseía otros medios de fortuna que una modesta pensión anual que sus difuntos padres la habían dejado como única herencia, su tío Spyros era un hombre muy rico, que habitaba en una mansión señorial, en una pequeña isla del Egeo, exactamente en la blanca y volcánica Thire, isla casi fantasmal por las tonalidades de sus edificios-impolutos, escalando las laderas con sus fachadas enjalbegadas. Así se lo había descrito Melina, y así lo había visto él en numerosas fotografías de postales turísticas, a la venta en la propia Atenas.

—En esa isla nací yo —le explicó Melina mientras aguardaban, asomados a un balcón del hotel, la aparición del yate que debía llevarles a través del Egeo, a la remota vivienda de su tío Spyros—. Y nunca más he vuelto desde mi niñez, después. . . después de todo aquello. . .

Ralph había asentido, sin hacer comentarios. Era su norma habitual cuando Melina mencionaba aquello.

—Parece un lugar bellísimo —dijo tras una pausa.

—¿La isla? Lo es. Recuerdo vagamente algunos de sus lugares, y siempre lo veo como algo apacible, blanco y paradisíaco, donde la vida parece más hermosa que en ningún otro lugar del mundo. . . —hizo un alto, su rostro se ensombreció de pronto y añadió, con un escalofrío intenso—: Pero donde la muerte puede ser peor que en ninguna otra parte. . . porque es como una aberración, como una blasfemia, privar a alguien de la vida en un sitio donde la naturaleza parece haber deseado crear solamente vida. . .

Inclinó la cabeza. Ralph la contempló mientras advertía sus temblores. La rodeó con un brazo fuerte y seguro, y la atrajo hacia sí. Luego miró hacia el muelle, y vio aparecer en el azul, entrando en la zona deportiva del puerto, un bello y estilizado yate de blanco casco.

—Tal vez sea ése —dijo, tratando de mostrarse superficial—. Es un bonito yate. . .

Ella alzó la cabeza y miró. Afirmó, mientras se mordía el labio inferior.

—¿Por qué no puede serlo? —sonrió forzada—. Casi todos los yates son iguales.

—Pero ése es casi un barco de pasaje., grande y lujoso —señaló Ralph.

—Así tengo entendido que es el de tío Spyros.

Ralph había acertado. Sólo unos minutos después de haber amarrado el yate blanco en el puerto deportivo de El Pireo, llamaban por teléfono a su habitación.

El joven médico descolgó el teléfono.

—Doctor Bridges —dijo—. ¿Quién llama, por favor?

—Soy Helena, la enviada de Spyros Zorbe —dijo una suave voz de mujer, con acento meridional en su correcto inglés—. Acabo de llegar al hotel, doctor Bridges.

—Oh, por favor, suba, se lo ruego. Estábamos esperándoles. ¿Viene sola?

—Con Andreas, el patrón del yate. Pero él se quedó a bordo.

—Bien, no tiene por qué seguir ahí abajo. Suba, por favor.

Poco después, se abrió la puerta y aparecía Helena, la emisaria de Spyros Zorbe. Ralph se llevó una grata sorpresa. Era una joven atractiva y de fácil sonrisa. De cabellos castaños, ojos, pardos y boca carnosa, su figura era realmente espléndida, y la brevedad de sus shorts blancos permitían apreciar la belleza y tersura de sus firmes muslos bronceados. Bajo la blusa liviana, unos rotundos pechos se dibujaban nítidamente, sin nada que difuminara sus formas.

Besó a Melina y estrechó la mano de Ralph, sonriendo

ampliamente a ambos.

—Me alegra conocerle, doctor —dijo—. El tío de Melina estaba preocupado por la clase de esposo que pudiera tener su sobrina. Su aspecto estoy segura de que va a ser de su agrado,

—Vaya, ignoraba que mi tío se preocupara tanto por mí —comentó Melina, sorprendida.

—Mi querida amiga, tu tío es muy diferente a lo que imaginas —la sonrisa fácil de Helena se tornó aún más amplia—. Aparentemente, es un hombre duro y agrio, de difícil comprensión. Pero conociéndole bien, se descubre que no es tal como desea que le vean los demás. Siempre te ha querido mucho, Melina. Le he oído hablar de ti, hasta el punto de que, de no ser por su dolencia, hubiera ido a Londres a verte.

—¿Su dolencia? —se inquietó Melina—. Bueno, sé que padecía una cierta clase de lesión vertebral, pero creí que no era nada serio. . .

—Es más serio de lo que imaginan —por un instante, el bello rostro de Helena se tornó algo ensombrecido—. Está paralítico.

—Oh. . . —Melina pestañeó, repentinamente sobrecogida, y miró con pesar a Ralph. Este apretó su mano con fuerza—. Dios mío, cómo lo siento. . . Pobre tío Spyros. . .

—La invalidez le ha vuelto más hosco. Pero su fondo sigue siendo bueno —suspiró la recién llegada—. No te compadezcas de él por nada del mundo. Es algo que detesta. Aunque sujeto a su silla de ruedas, quiere que le consideren como si estuviera totalmente sano y capaz de valerse por sí mismo.

—Entiendo. ¿Y cómo puede valerse en ese estado? ¿Quién cuida de él?

—Todos lo hacemos en Thire.

—¿Todos? ¿Es que tiene mucha gente a su servicio?

—Bueno, nos tiene a unos cuantos —rió Helena—. El propio Andreas, cuando no navega patroneando el «Orestes». . . es el nombre del yate, ¿sabéis?. . . Bueno, cuando no capitanea el barco, ayuda en la casa. Yo misma. . . Stella, su secretaria. . . y Laskos, el ayudante. . . Todos estamos siempre al servicio completo de Spyros Zorbe.

—Comprendo. De todos modos, recuerdo que siendo yo niña, le gustaba cabalgar a caballo por la isla, sumergirse en las aguas, hacer deporte. . .

—Todo eso, desgraciadamente, quedó atrás. Ahora debe conformarse con recorrer en su silla los jardines de la residencia y contemplar el mar y las vecinas islas desde el balcón natural que forma la terraza de apreses de la hacienda, asomada a la ladera del pueblo, por encima de las blancas casas. Antes esa zona no le pertenecía, pero la adquirió para disponer de una vista semejante.

—De modo que debe ser un hombre de gran fortuna —comentó Ralph Bridges.

—Sí, por supuesto. Muy rico. Hizo mucho dinero en su juventud. Y lo malo es que no tiene herederos directos. Sólo tú, Melina —sonrió Helena, mirando a la muchacha.

—Cielos, no deseo nada que pueda significar algo malo para tío Spyros. La verdad es que no ambiciono dinero. Tengo la modesta pensión vitalicia de mi padre, y ahora mi esposo es un médico joven y con porvenir. Creo que saldremos adelante, ¿no, Ralph?

—Por supuesto —asintió Bridges con buen humor—. Siempre he detestado las herencias, Helena. Me gusta ganarme las cosas por mí mismo. Y me alegra que Melina no sea rica como su tío. Hubiera sido un gran obstáculo para nuestra boda. . .

—Personalmente, el dinero no creo que sea obstáculo para nada en el mundo —rió divertida Helena, sacudiendo la cabeza—. Pero yo no puedo quejarme. Aunque no tenga nada, vivo como si realmente fuese millonada. A Spyros Zorbe le gusta tener a su gente contenta y feliz. Y siempre lo logra.

—Estoy seguro de que la vida en esa mansión, en una isla como Thire, debe transcurrir llena de atractivos, de encanto, de paz. . . —ponderó Ralph, risueño.

—Bueno. . . —de repente, sin aparente motivo, el rostro seductor de la joven de hermosos muslos y firmes senos se nubló con algo parecido al sobresalto y la preocupación—. Puede decirse que sí, a pesar de que últimamente. . .

Se detuvo. Pareció recordar algo y miró a Melina de soslayo. Se mordió el labio inferior y permaneció callada, indecisa.

—Últimamente. . . ¿qué? —quiso saber Melina, curiosa.

—No, nada —rechazó ella tratando de mostrarse frívola y despreocupada—. No merece la pena hablar de ello. Supongo que en la isla sobrará tiempo para que tu tío charle con vosotros de ésa y de muchas otras cosas, querida amiga. . . ¿Qué les parece si preparan todo y subimos a bordo? Andreas tiene preparado un excelente almuerzo para iniciar el crucero por el Egeo. Sepan que, además de buen marino, es un excelente cocinero. Sus guisos y el aire marino abrirá rápidamente su apetito, estoy segura de ello.

—Es una buena idea —aceptó Ralph, pensativo—. Prepáralo todo, querida. Yo tengo ya mis cosas a punto.

Melina asintió, ausentándose rápidamente de la sala. Ralph y Helena se miraron en silencio unos instantes. El evitó cuidadosamente fijar sus ojos en las piernas desnudas de ella o en la aureola de sus pechos, visible a través del tejido.

—¿Ocurre algo? —preguntó con voz grave el joven médico.

—No, nada —eludió ella—. ¿Por qué lo pregunta?

—Usted ha insinuado algo. . . algo que pasa en la isla.

—Ya le dije que no tiene importancia. Lo sabrán cuando lleguen

allí, doctor Bridges —fue su breve réplica— Ahora perdone. Debo ayudar a Melina a prepararlo todo.

Se ausentó tras de la joven esposa. Ralph se quedó solo, profundamente intrigado. Frotó el mentón, preguntándose qué era lo que ocultaba Helena. Había estado a punto de decirlo, cuando algo la obligó a callar. Ese algo, sin duda, fue el recuerdo de la pasada dolencia psíquica de la muchacha.

Por tanto, era algo preocupante. Y sucedía en la isla de Thire.

—No me gusta eso —murmuró Ralph, ceñudo—. No me gusta. . . y no sé por qué.

CAPITULO III

Realmente, Andreas era un notable cocinero. Su pescado en salsa y los camarones al estilo griego, resultaron realmente apetitosos, y más aún regados por el buen vino blanco retsína, con su inconfundible sabor a resina, especia! del caldo blanco griego.

Andreas, que era un mocetón típicamente heleno, de tez cetrina, pelo negro rizado, ojos muy oscuros y vivaces y cuerpo atlético, de apretados y elásticos músculos, pareció feliz al ver cómo consumían su almuerzo bajo el toldo de cubierta, en la mesa dispuesta al efecto. La suave brisa marina, con su fuerte olor a yodo y salitre, agitaba el toldo y los manteles ligeramente. El cuma era ideal. El mar, llano y muy azul, parecía un espejo por el que se deslizara un barco blanco de juguete.

—Son muy amables —dijo en su inglés pésimo, brusco y defectuoso, al verles terminar la comida y dirigirles gestos y palabras de felicitación—. Espero que disfruten realmente de su estancia en la isla.

—Estoy seguro de ello —asintió Ralph—. Ya se disfruta ahora, simplemente con este viento, gozando de un almuerzo así, de esta brisa, de este paisaje. . . de todo, en suma.

Helena les llevó a proa cuando hubieron terminado el almuerzo. Les mostró en la distancia las manchitas que señalaban la presencia de las islas de! Egeo, su punto de destino.

—Vean todos esos islotes de número casi infinito —comentó—. Uno de ellos, a bastante distancia todavía, es Thire. Verán desfilar ante sus ojos increíbles parajes isleños, pueblecillos de ensueño y

muelles de pescadores de una belleza nada común. Yo he viajado mucho por el mundo, y les confieso que nunca vi reunida tanta belleza junta como en estos lugares.

—¿Aprendió el inglés en Inglaterra? —quiso saber Ralph.

—Sí. También estuve en los Estados Unidos, pero allí más bien perdí mi buen acento británico, para aprender una horrible forma de pronunciar —rió de buen humor Helena.

—Si, estamos de acuerdo en eso. La voz del Pato Donald no es la más adecuada para una dama. Por fortuna, veo que recuperó su buen acento británico, pese a todo.

—Al menos, lo intenté, tratando de olvidar lo que había aprendido en los Estados Unidos. . . —la mirada de la mujer se perdió en la distancia, como si estuviese deseando encontrarse de nuevo en la pequeña isla donde transcurría actualmente su vida—. Bien, amigos, ahora os dejo. Debo ayudar un poco a Andreas en las tareas de a bordo. Si queréis descansar un poco en vuestros camarotes, lo tenéis todo preparado. Consideraos en este yate como en vuestra propia casa.

Se alejó, dejando solos a ambos. El yate navegaba con buena marcha sobre el mar liso y apacible, rumbo al sudeste, en dirección a las Islas Cícladas, el archipiélago donde se hallaba la isla de Thire. Ambos se miraron, sus cabellos agitados por la brisa marítima, y sus manos se unieron sobre la barandilla.

—Ralph, ¿crees que realmente vale la pena volver a los sitios de mi niñez? —musitó ella bruscamente,

—Es inevitable, ya te lo dije —asintió Bridges con energía—. Creí que eso estaba ya fuera de toda discusión.

—Es que he notado algo raro, Ralph. . . —murmuró Melina, insegura.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—En Helena, en Andreas. . . No sé. He captado ciertas miradas y gestos entre ellos cuando hablábamos durante la comida de nuestra estancia en la isla, de lo bello y apacible que es todo allí. . .

—Figuraciones tuyas.

—No, Ralph. Recuerda lo que pasó en el hotel, en El Pireo. Helena iba a decir algo. Y se volvió atrás.

—Creí que no lo habías notado.

—De modo que tú también lo notaste.

—Sí. Pero no parecía importante.

—¿Por qué calló, entonces? Allí nunca ha sucedido nada anormal. Es un sitio donde la calma reina siempre. Ahora, sin embargo, parece que pasa algo que temen decir. Eso me inquieta.

—No pienses en ello. Ya sabes cómo es la gente que nunca se enfrentó a nada anormal. Dan importancia a cualquier pequeñez. Seguro que será algo sin importancia.

¿Ojalá aciertes, Ralph —suspiró ella, mirando a la distancia.

No hablaron más. Se retiraron a descansar un par de horas. Cuando volvieron a cubierta, declinaba ya el sol, y la brisa era más intensa y también más fresca. Estaban desfilando ante un pequeño y encantador villorrio de una pequeña isla, formando un muelle natural lleno de aparejos de pesca, redes y embarcaciones de vivos colores.

—Debe ser la isla de Siros —comentó Ralph en voz baja.

Se aproximaron al puente de proa. Allí se hallaban Helena y Andreas. Ralph y Melina se miraron con rapidez. Ambos estaban con sus manos cogidas. Se besaban. Luego, las manos del rudo marino acariciaron las formas de Helena, que gimió dulcemente.

Intentaron iniciar la retirada prudentemente, para no sorprender las intimidades imprevisibles entre Andreas y la joven griega. En ese preciso momento, ella estaba apartando al fornido griego de su persona, y pudieron oírle unas palabras en inglés:

—Deja ahora, Andreas. Pueden subir en cualquier momento ellos dos. ¿Por qué no me contestas a lo que te pregunté?

Andreas, en un inglés mucho más fácil y claro que el que le oyeran antes, replicó con cierta brusquedad a su compañera:

—¿Qué quieres que te conteste? Yo no soy médico. Si esa chica está curada, seguro que podrá soportar lo de la isla. Su marido sí es médico, Helena.

—Es que su marido no sabe nada. Ni ella tampoco.

—¿No les has contado lo que ocurre? —se asombró Andreas.

—No he tenido valor para ello. Es demasiado horrible.

—Pero él, como médico, debe saber si su esposa podrá soportar algo así. . . —Andreas parecía desorientado—. Debiste decírselo antes de embarcar, Helena.

—Quizás cuando lleguemos haya pasado todo.

—Lo dudo. Y tú tampoco piensas eso —sentenció el marino sombríamente, meneando la cabeza de un lado a otro—. Cuando el diablo anda suelto. . . es difícil volverle a su redil y cerrarle la puerta de nuevo, créeme.

Y se persignó, con un temor supersticioso reflejado en su rostro. Helena también se mostró sombría, y giró la cabeza hacia el mar.

Ralph y Melina se miraron, en una silenciosa tensión. Se retiraron sigilosamente, sin hacer ruido ni ser advertidos. Pero Melina se paró, insegura, junto a la puerta de acceso a los camarotes de la planta inferior. Se apoyó en la pared y musitó:

—Dios mío, Ralph. . . Es cierto. Algo ocurre en la isla. . . Y es algo muy feo.

—Calma, querida. Esa gente está asustada, es todo. Es gente sencilla, fácil de impresionar.

—Ralph, tengo miedo. . .

—No puede ser tan malo, sea lo que sea lo que ocurra.

—Ellos mencionaron. . . al Diablo.

—Si, lo oí. Simple superstición.

—El Diablo. . . —miró en torno, inquieta, preocupada—. Dios nos asista, Ralph. . .

Se apoyó en el, rodeó sus hombros con brazos ansiosos, implorando ayuda. Sus ojos, por encima del hombro del joven médico, se fijaron en el corredor de los camarotes.

Y allí la vio.

Era ella. La mujer de gafas de espejo, pelo negro, lustroso y tirante, ropas oscuras,. . . La miraba fijamente desde detrás de aquellas gafas espejeantes. . .

Melina lanzó un alarido terrible.

Y se desplomó en los brazos de Ralph. Bridges, mientras éste la contemplaba con expresión de infinito asombro, y en alguna parte, a bordo, se oía la voz de Andreas, alarmada por el grito estremecedor de Melina Bridges.

* * *

Andreas entró en el camarote, empuñando una pistola automática de regulares dimensiones. Meneó la cabeza negativamente, mirando a Ralph.

—Nada —dijo—. Recorrí todo el yate. No hay nadie a bordo, señor Bridges.

—Gracias, Andreas —suspiró éste.

—Os lo dije —terció Helena, en pie junto a la litera donde yacía, muy pálida. Melina—. No podía haber nadie a bordo. Estamos solo los cuatro.

—No, Helena. . . —sollozó Melina—. Yo la vi. . . La vi tan claramente como os veo ahora a vosotros. Era ella. Y estaba en el pasillo, a espaldas de Ralph. . .

—Yo me volví en esa dirección apenas caíste —dijo Bridges—. No vi a nadie, Melina. No es lógico imaginar que esté a bordo esa mujer, que nos haya seguido desde Atenas y El Pireo hasta este barco. . . ¿Seguro que esta vez no fue una simple alucinación?

—¿Lo ves, Ralph? —susurró ella amargamente—. Ya empiezas a creerlo. . .

—Pero es que esta vez no cabe otra explicación —se impacientó él—. Estamos en alta mar, pasábamos junto a la isla de Siros, bastante alejados ya del litoral continental griego. No es posible que nadie subiera a bordo si» ser visto, Melina querida.

—El doctor tiene razón —apoyó Andreas—. No hay el menor rastro de intruso alguno. Y yo me conozco bien este yate, señora

Bridges.

—Está bien —suspiró ella, cerrando los ojos con amargura—. No me crean. Pero sé que vi a esa mujer. Y estaba a bordo, puedo jurarlo. Ahora déjenme sola, por favor.

—Melina. . . —rogó Ralph, tras mirar alternativamente a Andreas y a Helena.

—Tú también, por favor. Necesito estar sola. Quiero estar sola, Ralph.

—Muy bien —aceptó él amargamente—. Saldremos. Pero siempre habrá uno de nosotros cerca de tu camarote. Permanece tranquila,

Los tres abandonaron la cabina. Se contemplaron en el pasillo, ante la escalera que ascendía a cubierta.

—Yo me quedaré aquí cerca —dijo Helena—. Luego entraré. Creo que a mí me aceptará a su lado con más facilidad. Ve tú con Andreas a cubierta. Es mejor.

Ralph asintió, subiendo a cubierta con el marino. El piloto automático de a bordo guiaba al yate por aquella zona llana, sin obstáculos ni desviaciones.

—Y bien —Andreas se mostró incómodo—. ¿Qué piensa usted de eso doctor?

—No lo sé —confesó Ralph, desorientada su expresión—. En buena lógica, eso es imposible. Pero no puedo estar seguro de nada.

—Tal vez fue la apariencia del Diablo, doctor.

—¿El Diablo? —Bridges se volvió, mirando ceñudo al griego—. ¿A qué se refiere?

—Bueno, de todos es sabido. El Mal adopta mil apariencias distintas para dañar a los humanos. . .

—¿Por qué menciona precisamente al Diablo? ¿Existe alguna razón para ello, Andreas?

—Bueno, yo. . . —vaciló el marino—. Usted no. . . no sabe nada, ¿verdad?

—Saber, ¿qué?

—Lo. . . lo de la isla.

—¿En Thire? No, no sé nada. Pero Helena estuvo a punto de decirlo. ¿Qué pasa allí exactamente?

—Que el Diablo anda suelto por sus calles y caminos, doctor. También puede estar a bordo de este yate.

—Tonterías. El Diablo no es un ser tangible ni corpóreo, Andreas.

—Eso es lo que todos dicen. Pero el Diablo está en Thire, doctor, yo lo sé. Todos lo sabemos allí.

—¿Por qué dice eso? ¿Quiere decirme de una vez por todas lo que está tratando de explicarme?

—Tal vez sea mejor que lo sepa en su momento, doctor —eludió Andreas, con gesto amedrentado, pese a su pistola, sus músculos y su

poderío físico—. Cuando llegue a la isla. . . no podrá ignorarlo. Pero es muy posible que ya tengamos al Diablo a bordo. . . y sea lo que la señora Bridges creyó ver esta tarde. . .

Y sin querer añadir más, el asustado Andreas se alejó de Ralph Bridges, dejando a éste perplejo y con el gesto ensombrecido.

CAPITULO IV

Fue como viajar por una dimensión imposible; a través de una superficie azul salpicada de gemas bellísimas y de perlas incomparablemente hermosas.

Así era cada isla del Egeo, cada una de las Cicladas que iban pasando ante ellos, en mágico desfile bajo un sol de oro, y quedando atrás en su ruta hacia el punto de destino.

De ese modo vieron pasar no lejos de la borda del blanco yate «Orestes» las islas de Miconos —donde Poseidón derrotó a los gigantes, según la Mitología—, Délos —lugar de nacimiento de Apolo—, y otros idílicos, fascinantes rincones de una Grecia inmortal y mítica, dispersa en mil islas bellísimas, dormidas al sol mediterráneo.

Hasta que, finalmente, Thire apareció ante ellos, como la más esplendorosa, increíble y deslumbrante panorámica de blancura y belleza imagnable.

Callejuelas que eran simples escalinatas naturales de piedra, entre mancas tapias enjalbegadas, laberintos perdidos entre cúpulas y tejados de un blanco níveo, centelleante bajo la luz diurna. Enfrente, otros islotes mostraban su mancha rugosa, entre verde y gris, dibujándose por encima del mar y mostrando bajo el espejo de éste las profundidades rocosas de su litoral.

Lentamente, el yate «Orestes» comenzó a aproximarse a la costa, rodeó unos peñascos que formaban un pequeño promontorio adentrándose en el mar, y asomó una cala de forma de herradura, mitad puerto pesquero, mitad albergue de embarcaciones de recreo y de ferrys de línea. Por encima de todo ello, el apagado cráter del volcán que un día, en el pasado, destruyera con su erupción la mitad de la isla cuando menos. Pero de eso hacía cientos de años, casi un milenio, y ahora sólo paz, silencio y quietud parecían respirarse en la bella y apacible isla del Egeo.

—Hemos llegado —masculló Andreas, con amplia sonrisa, mirando al pequeño puerto natural donde iba a amarrar, ante un frente de casitas blancas, balcones y azoteas donde ondeaban ropas puestas a secar. El sol matinal centelleaba sobre las viviendas

enjalbegadas, puesto que el yate se había tomado sin prisas el viaje, navegando con un rodeo que permitiera a sus viajeros conocer las bellezas naturales de la región, y con el amanecer, arribaban puntualmente a la isla de Thire, conocida también por los nombres de Thera o Santorini, según la dicción, lengua y nacionalidad de quien la mencionase.

—Dios quiera que sea para bien —oyó murmurar Ralph a Helena, asomada a la borda, en la proa, lo mismo que ellos.

Bridges arrugó el ceño pero nada dijo. Junto a él, Melina, bastante pálida y desmejorada todavía, parecía lo bastante sugestionada por la presencia de su tierra natal, como para no haber escuchado las palabras nada tranquilizadoras de su joven y reciente amiga.

Andreas se fue a realizar la tarea de amarre, y Helena fue a recoger los equipajes sin necesidad de ayuda. Era una mujer fuerte, atlética, y poseía fuerza suficiente para cargar con las ligeras valijas de ambos, pensó Bridges, fijando su mirada en las personas de negras ropas que, en fuerte contraste con el blanco impoluto de la isla, como podía serlo el de las viejas nativas de Ibiza con las casas encaladas de la isla balear, destacaba notablemente en el paraje del pequeño puerto isleño.

Cuando el yate estuvo lo bastante cerca para ser identificado por su nombre y su aspecto, ocurrió algo sorprendente que inquietó aún más a Ralph: muchas de las mujeres enlutadas se persignaron con rapidez, alejándose de las proximidades del muelle donde iban a amarrar, como si fuese un barco de apestados el que llegase.

—¿Qué les ocurre? —preguntó el joven médico a Helena, que se había detenido cerca de ellos con las maletas.

—¿Qué les ocurre a quiénes? —preguntó ella.

—A las mujeres de la isla. Se han persignado y se alejan como si estuviéramos embrujados. Estoy seguro de que sólo lo hicieron al reconocer el yate.

Helena le miró enigmáticamente. Sus profundos ojos pardos revelaron un raro hermetismo.

—No puedo saberlo —dijo secamente—. ¿Por qué no se lo preguntas a ellas mismas cuando bajas?

—Dudo mucho que se dejen abordar. Y menos por un extranjero. Además, es posible que ninguna de esas mujeres sepa inglés.

—Eso, seguro —rió Helena—. Si quieres, te serviré de intérprete.

—Lo tendré en cuenta, gracias —manifestó Ralph con cierta acritud, apartándose de ella con mirada ceñuda, fija en el muelle, donde cada vez quedaba menos gente esperando el arribo del bello yate.

Apenas amarrados, Andreas echó la pasarela a tierra. Ralph y su

esposa iniciaron la marcha hacia el suelo firme, seguidos por Helena, que llevaba las maletas y se había negado a ser ayudada por nadie. Andreas terminaba las faenas a bordo. Pisaron el suelo empedrado del muelle. En un extremo, barquitas de pesca iban arribando, con la carga de pescado del día.

De súbito, hubo un repentino revuelo en un punto del muelle. Ralph giró la cabeza hacia allá. Melina se aferró a él instintivamente, todavía no recuperada de su temor a bordo. Un grito agudo, de mujer, llegó de alguna parte. Varias enlutadas nativas de la isla pasaron como almas perseguidas por el diablo, persignándose o besando sus crucifijos con aire de vivo terror.

Algunas palabras en griego llegaron a oídos de ambos. Ralph no entendió absolutamente nada, pero notó que Melina sufría un sobresalto y le apretaba la mano con fuerza. La miró, inquieto.

—¿Qué ocurre? —quiso saber—. ¿Qué decían esas mujeres?

—No sé, Ralph. . . No tenía mucho sentido. Hablaban de algo relacionado con sangre. . . y con una señal. . . Es todo lo que entendí.

—Sangre. . . y una señal —se estremeció Bridges—. Extraño, ¿no?

Melina miraba hacia las fugitivas con el aire de quien ha escuchado un oscuro sortilegio. La abrazó contra sí, pensando que las cosas no se presentaban de modo demasiado favorable para ella ni para su estado de excitación.

El sonido de un ronco motor, no lejos del yate, atrajo la atención de Bridges en ese momento. Se volvió. Una canoa a motor, despidiendo un fuerte hedor a gasolina quemada, se detuvo entre resoplidos junto al muelle. Un hombre saltó de la embarcación a tierra, subiendo con presteza los escalones de piedra lamidos por el mar. Iba uniformado, lo mismo que el otro ocupante de la barca a motor. En el casco de ésta, junto a la bandera griega, había un rótulo en esa lengua, que Ralph entendió sin dificultad:

«POLICIA»

Apenas amarró el segundo ocupante su canoa, partió presuroso en pos de su acompañante. Las botas de ambos resonaron sordamente sobre las piedras húmedas. Bajo las gorras de plato, Ralph captó preocupación en sus gestos.

—Algo sucede —dijo Melina, agitada—. Esos son policías que se ocupan de patrullar de isla en isla. Habitualmente, no tienen mucho trabajo. Pero ahora parecían alarmados por algo.

—Es evidente. Pero supongo que será problema suyo tan sólo.

—Mira: se han detenido allí —señaló el punto donde los dos hombres de uniforme se habían parado junto a un muro encalado, en el arranque serpenteante de una angosta callejuela empinada,

compuesta únicamente por escalones de piedra viva, tallada en la ladera del viejo volcán—. Me gustaría saber lo que ocurre, Ralph. Sea lo que sea, tenemos que enterarnos de ello tarde o temprano. Esta isla es un mundo pequeño, limitado, donde nada puede permanecer oculto.

—Está bien —suspiró Ralph—, Vamos allá. Pero será mejor que me dejes ir a mí delante. . . por si acaso.

Tiró de ella con una mano, procurando ir siempre por delante, hasta llegar al sitio exacto donde los dos funcionarios de la policía griega aparecían erguidos ante algo que, para ellos, resultaba totalmente invisible a causa de la propia tapia que bordeaba la escalinata por ambos lados. Se cruzaron con mujeres enlutadas y hombres curtidos, de rostro rugoso y piel atezada bajo el cabello negro rizado, que les miraron como, si vinieran de un lugar maldito o poco menos.

El hombre que había saltado antes de la barca, escuchó sus pisadas aproximándose, y se volvió rápidamente, guardando un bloc y un bolígrafo en el bolsillo de su guerrera, al tiempo que alzaba los brazos y trataba de interponerse en su camino, mientras hablaba rápidamente en griego.

Pero al observar el aspecto del alto, rubio y joven médico inglés, cambió de lenguaje y se expresó en un inglés muy aceptable, Meno de autoridad:

—Por favor, señores, no se acerquen más. No sería nada agradable lo que vieses, sobre todo para una dama. . .

Ralph se paró en seco. A pesar del esfuerzo del policía, el propio movimiento de éste había dejado, al descubierto el lugar que examinaba con su acompañante. Melina lanzó un agudo grito de horror y retrocedió, tambaleante, con los ojos dilatados por el pánico.

— ¡Oh, no, no. Dios mío! —sollozó—. ¡No es posible. . .!

Ralph también había visto ya lo que sucedía, y su propio horror le impidió acudir a su auxilio de su mujer, que se aferraba la cabeza entre ambas manos, gritando y gritando sin cesar, como sacudida por una terrible impresión.

—Es. . . es espantoso. . . —musitó Ralph, reaccionando, sumamente pálido—. Soy médico. . . ¿Puedo pasar, señores? Ustedes traten de evitar que ella se aproxime. . .

—Sí, doctor, por supuesto —asintió el policía, acercándose resueltamente a Melina y tomándola con energía por los brazos. Ralph le oyó hablar con ella, con gran energía, expresándose en griego, mientras él se reunía con el otro hombre uniformado, que le contempló curiosamente.

Ralph llegó ante lo que causara el horror de Melina y de él mismo. Había motivos sobrados para ello.

Era un cadáver humano. Yacía pegado al blanco muro, sobre la callejuela serpenteante y escalonada. Un largo reguero de sangre corría sobre la pared encalada, como dibujando un signo extraño. Una cruz boca abajo.

Al pie de esa cruz invertida, el cuerpo ensangrentado, semidesnudo. El cuerpo de una mujer muy joven, sin duda alguna. Casi una niña, pensó Ralph con horror, inclinándose junto a ella.

No sólo estaba carente del menor signo de vida, sino que se había desangrado totalmente a través de numerosas heridas profundas y horribles. Su asesino, salvajemente, le había mutilado los pequeños senos de adolescente, hendido sus muslos a cuchilladas, y por fin trazado otra cruz invertida, sobre su frente, de la que había chorreado sangre abundante sobre el rostro dulce y juvenil, petrificado por la muerte y el terror.

Los dedos de su mano izquierda también habían sido mutilados brutalmente, según pudo observar Ralph al descubrir el muñón sangrante en que la misma se había convertido.

—¿Inglés? ¡Médico! —le preguntó torpemente el policía, mirándole atentamente.

Sí —afirmó Ralph.

—Yo policía local —dijo el otro—. Agente Miklos. El es el oficial Zarchos, mi jefe.

—Entiendo —señalo el cadáver—. ¿Qué significa esto?

—Difícil en inglés —se lamentó el policía Miklos—. Chica. Asesinada.

—Sí, ya lo veo. Asesinada de un modo horrible, agente.

—No ser la primera.

—¿No? —el horror sacudió a Bridges—. ¿Es posible?

—Sí. Otras chicas antes. Siempre igual. Mucha sangre. Muti. . . mutilaciones, ¿no?

—Eso es. Mutilaciones —trató de dominar su repugnancia. Las moscas acudían al olor a sangre y a cuerpo sin vida. El calor era intenso, pese a la brisa marina—. Pero ¿quién? ¿Por qué?

Miklos se encogió de hombros.

—No saber —dijo—. Diablo.

—¿Diablo? —repitió Ralph.

—La gente decir eso. Diablo. No saber.

Resopló Ralph, irritado por la torpeza del policía en expresarse en inglés. A su espalda, una voz suave, meridional, se expresó en un inglés bastante más coherente:

—Disculpe a mi compañero. Domina mal su lengua, doctor. Pero dijo la verdad. La gente atribuye esto al Diablo. ¿No ha visto la señal en el muro y en su frente?

—Sí. Una cruz invertida. Pero eso no significa nada.

—Es el signo diabólico.

—Tonterías. ¿Usted cree en eso?

—No —sonrió tristemente el policía, mientras a su espalda Melina sollozaba, apoyada ahora en Helena, que había acudido prestamente en su ayuda—. Pero la gente sí. La superstición es difícil de vencer. Y alguien se aprovecha de ella en esta isla.

—¿Quién?

—Ah, si yo supiera eso. . . —el oficial Zarchos meneó la cabeza. Era un hombre joven, arrogante y de aspecto simpático. Tez bronceada, ojos claros, de un verde botella, y el cabello oscuro, ligeramente castaño—. Nadie sabe nada. El miedo domina la isla.

—Empiezo a entender muchas cosas. ¿Desde cuándo ocurren estas cosas en Thire?

—Hace solamente un par de meses. Ya son seis las víctimas.

—¡Seis! —repitió Ralph, estupefacto—. ¿Mujeres todas?

—Casi siempre. Cuatro mujeres y dos hombres. Un pescador, el sacristán de la capilla. . . Y cuatro chicas jóvenes, casi niñas. Todas ellas alumnas del Colegio Mayor para señoritas de esta isla.

—¿Un colegio? ¿Aquí?

—Debería de estar enterado, si su esposa es la sobrina de Spyros Zorbe —sonrió el joven funcionario de policía apaciblemente—. Los padres de su esposa, doctor, dejaron un legado para que, debidamente administrado por una entidad bancaria griega, sirviera para financiar un Colegio Mayor en estas islas, donde las hijas de pescadores y de personas humildes; sin medios de fortuna, pudiesen, caso de tener condiciones para ello, cursar unos estudios que les permitiesen ser algo más que simples aldeanas encerradas para siempre en su pequeño mundo de estos islotes. La isla de Thire fue elegida por el señor Zorbe para llevar a cabo la misión educativa.

—¿Y todas las víctimas son de ese colegio?

—Absolutamente todas.

—¿También esta muchacha? —señaló el cadáver, que ya cubría piadosamente el agente Miklos con una lona que le acababan de facilitar unos pescadores.

—Eso aún no lo sabemos. Habrá que identificarla. ¿Por qué no se van su esposa y usted, doctor? Seguramente el señor Zorbe estará impaciente esperándoles, tras haber visto llegar al yate. Esta es tarea nuestra.

—Lo sé. Si me necesitan para algo, llámenme, por favor.

—Lo haremos, no lo dude, doctor. . .

—Bridges. Ralph Bridges —suspiró él—. Estaré arriba, supongo. En casa de Zorbe.

—Sí, lo supongo —el sonriente oficial le tendió su mano cordialmente—. Gracias por todo. Hasta pronto.

Se separaron. Helena, Melina y él regresaron al muelle, al que llegaba en esos momentos, procedente de una sinuosa carretera que bordeaba la isla como un sacacorchos, un automóvil con matrícula griega. Era un coche algo antiguo, un Mercedes Benz de los años setenta, pero en perfecto estado. Lo conducía un hombre altísimo, muy delgado, de grandes ojos negros y el pelo intensamente rizado.

—Ese es Laskos, el ayudante de Spyros Zorbe —indicó Helena suavemente—. Apenas vieron asomar el yate por los límites del puerto, debieron enviar el coche a recogernos.

Subieron al vehículo, mientras Andreas y Helena cargaban el equipaje. Era un modelo amplio, de cinco piezas, donde cabían todos. Laskos, el ayudante de Spyros Zorbe, les dio la bienvenida en un aceptable inglés, de modo ceremonioso y cordial, aunque su sonrisa de bienvenida se nubló bastante cuando advirtió lo que sucedía cerca del muelle, donde los curiosos se arremolinaban ya en torno a los dos policías y al macabro hallazgo. El sol hacía destacar el rojo de la sangre en la siniestra señal marcada sobre el blanco deslumbrante de la tapia.

Iniciaron la marcha hacia arriba, siguiendo el serpenteo de la carretera, estrecha aunque no mal asfaltada, bordeando el mar en creciente elevación, sobre las laderas del que un día fuese devastador volcán.

Allá en la distancia, el oficial Zarchos agitó su brazo, en amistoso saludo, mientras permanecía arrodillado junto al cadáver de la desconocida muchacha. El conductor del Mercedes preguntó a Helena lo que sucedía. Ella se lo explicó en griego. II?? sobresalto evidente asomó al rostro del chófer.

—Lo siento —dijo, mirando a la pareja recién llegada—. No ha sido un buen recibimiento. . .

—No, no lo ha sido —asintió Ralph gravemente—. Pero por lo que he sabido, esa clase de muertes violentas no es últimamente ninguna novedad en esta isla. . .

—Desgraciadamente, así es —admitió con voz grave el griego—. Toda la isla está bajo el terror durante este tiempo.

—Por eso no quise hablar de ello, Ralph —se disculpó Helena—. Andreas y yo pensábamos que no era fácil hacerlo, en las circunstancias por las que ha pasado tiempo atrás Melina.

—Peor es encontrarse algo así —gimió la joven, con voz angustiada—. Ha sido realmente terrible. . .

—Pensábamos hablarte de ello una vez en casa —se excusó Helena—. Pero ¿quién iba a pensar en que habría otro crimen precisamente hoy, a plena luz del sol?

—El Diablo puede estar por las calles tanto de día como de noche —sentenció Andreas con aire abatido.

—No creo que eso sea cosa del Diablo —protestó Ralph secamente—. La verdad es que quien asesinó y mutiló a esa muchacha, sabía bien lo que se hacía con un cuchillo en las manos. Manos que, ciertamente, no eran las de Satanás, aunque una fuerza maléfica pudiera guiarlas en su horrenda acción.

Nadie hizo comentario alguno dentro del automóvil. Melina aferró su mano, apretándola con fuerza, y él trató de animarla con un amago de sonrisa. Laskos condujo en silencio, y Helena y Andreas cambiaron una mirada pensativa. La vista era maravillosa a uno de los lados de la ruta, aquel que asomaba al mar. situado muy abajo, al fondo da la ladera salpicada por el blanco centelleante del pueblecillo de pescadores. Arriba, en la cumbre, empezaba a ser visible una mansión rodeada por una alta cerca, sobre la que emergían puntiagudos cipreses, señalando el emplazamiento de la fortaleza propiedad de Spyros Zorbe, el tío de Melina,

De soslayo, Ralph advirtió que Malina, más pálida aún que antes, evitaba con todas sus fuerzas mirar al mar, al precipicio formado por la ladera que iba a morir, entre rocosidades allá en las olas del mar que lamían los bordes isleños.

En un determinado momento, los ojo» de Ralph tropezaron con los de Helena. Melina parecía absorta y distante. La joven griega que acudiese al Pireo a recibirles, habló con voz casi que sólo Ralph captó:

—No pasaremos por el lugar, no tema. Ese está al otro lado de la montaña. . .

Ralph entendió, apresurándose a asentir en silencio. Melina ni siquiera parecía haberse dado cuenta de nada. Los ojos del joven médico londinense se fijaron en el fondo marino, en la escarpada pendiente de un lado donde no había casas ni pueblo. . . Mentalmente, evocó muchas cosas que le dijera Melina durante su largo tratamiento en la clínica. El gran misterio de su vida, el horror de su pasado, el que la traumatizó para años y años de su joven vida. . .

Pero ahora no quería pensar en eso. El trágico secreto de la mente de Melina parecía pasar a segundo plano ante los sucesos sangrientos e inexplicables de la isla. Realmente, era como si el propio demonio anduviera suelto por ella. Pero un demonio de carne y hueso, capaz de mutilar a sus víctimas horriblemente.

Ellos habían ido en busca de un paraíso, y se encontraban en un auténtico infierno. Esa era la sorprendente realidad.

En su recorrido, pasaron ahora ante un blanco edificio de estructura típicamente griega, rodeado por una alta tapia igualmente encalada, con puerta de verja de hierro forjado. Sobre ésta pudo leer un rótulo en hierro que su escaso conocimiento del griego le permitió traducir:

Colegio Zorbe para Señoritas

—¿Es ése el recinto fundado por Spyros Zorbe con fondos del padre de Melina? —indagó el joven médico curiosamente.

—Sí, doctor —asintió Laskos con un movimiento de cabeza—. El mismo. ¿Es que le habían hablado de él?

—Justamente cuando llegamos ahora a esta isla —murmuró Ralph—. Al parecer, casi todas las víctimas de ese asesino mutilador proceden de ese colegio precisamente. . .

Hubo un profundo silencio en el coche. Los griegos se miraron entre sí, con la excepción de Melina, que parecía todavía absorta en sus propios pensamientos, por fin, Helena hizo un comentario con voz preocupada:

—Tiene que ser una simple casualidad, una malhadada coincidencia, Ralph. El señor Xenakis, director del colegio, es un buen amigo de Spyros Zorbe y un hombre honesto y sano, incapaz de hacer daño a nadie, ni de permitir que sus alumnas salgan del internado clandestinamente, para ser atacadas por un loco criminal.

—Entonces, tal vez la clave de todo esté dentro del propio colegio —comentó secamente Ralph Bridges— Yo no creo en coincidencias tan asombrosas, amiga mía.

Y se sumió en un hosco mutismo, rodeando a Melina con un brazo, mientras el coche rodaba con algunas dificultades, carretera arriba, hacia la mansión de Spyros Zorbe.

CAPITULO V

La silla de ruedas avanzó por el sendero de gravilla, entre setos bien cuidados y estilizados cipreses. al encuentro de los recién llegado:. Unos ojos penetrantes, a ambos lados de una nariz halconada, les miraron con fijeza desde el rostro anguloso, ligeramente cetrino, aunque con cierta leve palidez, y al fin una mano se tendió hacia ellos. Era una mano delgada, algo huesuda, salpicada de algunas pecas. Parecía una garra, pensó Ralph, aunque el gesto del hombre era de cordialidad.

—Bien venidos a casa, hijos —saludó—. Melina, querida mía. . .

La muchacha, con un sollozo de emoción, se arrojó en sus brazos, haciendo oscilar la silla de inválido, que fue sujetada con mayor fuerza por la inexpresiva mujer que la conducía.

Esta era diferente radicalmente a Helena y a la propia Melina. No parecía griega. Y no debía de serlo. Alta, rubia, vigorosa, joven, aunque no tanto como las otras dos, ojos azules, fríos y carentes de expresión, h_{ij} un rostro sereno y evidentemente bello. Recordó Ralph que se llamaba Stella y que era ella quien cuidaba personalmente de tío Spyros, conduciendo su silla, según les había comentado Helena en El Pireo.

—Mi querido sobrino Ralph, me alegra conocerte —saludó Spyros tras recibir fas cariñosas muestras de afecto de su sobrina—. Espero que hagas muy feliz a mi sobrina. Y que ambos os encontréis bien en esta isla.

—Es muy amable, señor Zorbe—respondió Ralph cortésmente—. Estamos seguros de que así será. Este es un auténtico paraíso, y Melina me ha hablado mucho de usted y de cuánto cariño le tiene, pese al tiempo transcurrido lejos de su persona,

—La vida nos separó desagradablemente, como sabes —murmuró el dueño de la suntuosa mansión, más parecida a un palacete, allá sobre la cumbre de la isla, donde en otro tiempo rugiera el aniquilador cráter del volcán— Ahora confío en que sólo las alegrías nos unan de nuevo.

—Pues la llegada no ha podido ser menos prometedora, tío —confesó Melina con un suspiro, estremeciéndose visiblemente.

—¿Qué quieres decir? —se alarmó él. Helena se anticipó a las palabras de la sobrina o del médico inglés:

—Ocurrió otra vez, señor Zorbe. Ya sabe, otra muerte en el pueblo. Una chica de nuevo. . .

—Dios. . . —el rostro del hombre inválido se nubló inclinó la cabeza pesadamente, sobre el pecho, y pareció súbitamente anonadado por algo que era demasiado pesado para el Ralph observó que la rubia Stella limitaba a enarcar las cejas al oír la noticia, sin pronunciar palabra alguna—. Otra vez. . . ¿Hasta cuando Dios mi? ¿Por qué esa maldición satánica ha ido a caer sobre nuestra isla?

—No creo que sea ninguna maldición, señor Zorbe—comentó Ralph secamente—. Más bien imagino que algún desquiciado., un psicópata, anda suelto por ahí, con un cuchillo en sus manos, ensangrentando este lugar. El oficial Zarchos parece opinar lo mismo.

—Zarchos. . . —repitió suavemente Zorbe, entornando los ojos—. Buen muchacho. Pero el asunto es demasiado serio para él. Esos policías sirven para coger un alijo de contrabando, a un ladronzuelo o a un turista obsceno, pero no mucho más.

—Parece inteligente, sin embargo —objetó Bridges.

—Lo es. Pero sin duda, también lo es el asesino, querido sobrino. Piensa que lleva ya siete asesinatos con este de hoy. La víctima. . . la chica. . . ¿es también alguna colegiala de Xenakis?

—No se sabe aún —manifestó gravemente Helena—. No han podido identificarla.

—Entiendo —hizo girar las ruedas de su silla metálica, de un modelo moderno, provisto de frenos y de controles propios, aunque la condujese otra persona habitualmente, y se encaminaron hacia el interior de la casa, por el sendero flanqueado de setos y cipreses. El edificio de la vivienda, alargado y con dos plantas, era tan rústico y blanco como todos los demás del pueblecillo disperso por las laderas de la isla de Thire.

—Perdonad —dijo deteniéndose en el porche de la casa, dorado por el sol mediterráneo del mediodía—. Ella es Stella, mi ayudante personal. Una gran chica. Y muy eficiente.

—Hola —saludó Ralph, algo frío, cruzando su mirada con las pupilas azules y distantes de la rubia hembra.

—Me alegra conocerte —murmuró Melina, besándole la mejilla.

—Sed bien venidos —respondió Stella con un inglés impecable, que probaba sin lugar a dudas su condición de extranjera en Grecia—. Y contad conmigo para todo.

Ralph no supo la razón, pero las palabras, aunque suaves y amistosas, le sonaron a hielo. Y el brillo de los ojos de la tal Stella, sobre todo al posarse en él, tenían un cierto matiz de inquietante sagacidad y malevolencia que se cuidaba mucho de ocultar habitualmente a ojos de los demás.

Entraron en la casa en lenta procesión. El interior, amplio, fresco y confortable, resultaba muy acogedor. Ralph y Melina se apretaron la mano, como si ambos se sintieran más seguros allí dentro, protegidos de todos los fantasmas que sus propios cerebros eran capaces de crear. Aunque el que mutilaba y asesinaba sanguinariamente en la idílica isla, distaba mucho de ser un fantasma.

Aquella misma mañana se almorzó en la mesa oblonga que dispusiera Spyros Zorbe en el jardín de la casa, y transcurrió el almuerzo en medio de un clima relativamente cordial. La tarde estuvo destinada a visitar la totalidad de la finca, que abarcaba la mayor parte de la cumbre de la isla, hasta detenerse en el amplio balcón natural que formaba la gran terraza de la propiedad, asomada al pueblo, a la carretera y a los acantilados de la costa, cuyas transparentes aguas permitían descubrir incluso las algas y las esponjas de las profundidades. Las embarcaciones pesqueras, se mecían suavemente en alta mar, buscando su plateada carga del día. El pueblo parecía dormir pesadamente su somnolencia bajo el sol de la calurosa tarde.

Antes de cenar, puesto ya el sol en un bellissimo ocaso tras las islas y el Egeo, Melina subió a vestirse. La cena era informal, y Ralph optó por quedarse como estaba, paseando por el jardín, contemplando el lento rosario de luciérnagas que parecía cobrar vida en el pueblo, a medida que las luces se iban encendiendo en el muelle y en sus callejuelas blancas e intrincadas, siempre en pendiente.

Luego, se desplazó hasta otro punto del balcón natural, donde aquella tarde viera que Melina rehuía asomarse, como si algo le diera miedo. Asomó él ahora. Descubrió una profunda oscuridad, sólo rota por las luces de un edificio solitario, rodeado de jardines. Creyó identificarlo como el colegio de muchachas fundado por los Zorbe en la isla. Luego, sus ojos contemplaron la fosforescencia del oleaje marino, rompiendo en unos arrecifes, allá al fondo de la isla.

—Allí fue, Ralph —dijo la voz a su espalda.

Se volvió lentamente. Vio venir la silla de invalido, rodando suavemente sobre las piedrecillas del jardín. Esta vez nadie conducía a Spyros con su silla. Se detuvo a su lado. Ralph asintió lentamente.

—Lo sabia —dijo— Durante el tratamiento. Melina describió muy bien el lugar. No ha podido borrarlo de su mente en todos estos años.

—Lo supongo —asintió sombríamente el inválido—. Y pensar que ya hace casi diez años de todo ello. . .

—Ella tenía solamente diez, ¿no es cierto?

—Aún no. Tenía solamente nueve años. Cumplirá veinte el próximo mes.

—¿Usted presenció el suceso? —quiso saber Bridges.

—No. Yo estaba entonces a alguna distancia. Cuando acudí, era tarde. El coche había ido a parar a los arrecifes, tras rodar por todo el acantilado. Melina salió despedida. . . o se arrojó, eso nunca lo supimos. el cadáver de su padre, el de mi hermano, Ralph amigo, nunca fue hallado pese a bucear durante semanas en ese punto. Dentro del coche, sin vida, se rescataron los cuerpos de la madre y el hermano pequeño de Melina. el alegre Angelos. . . Fue algo terrible. E imborrable, por supuesto.

—Sí, terrible —suspiró Ralph, moviendo la cabeza con pesar—. Melina aún no está totalmente recuperada.

—Creí que ya se había curado. . .

—Bueno, clínicamente está sana. Pero yo sé que hay un rincón en su mente donde sigue existiendo la imagen tremenda de lo que pasó aquel día, y de lo que se siente o se sabe culpable. Por eso la he traído aquí en primer lugar. Es como un tratamiento de shock. Tiene que volver a su mundo, enfrentarse a su pasado, combatir los fantasmas de su trauma.

—¿No puede ser peligroso?

—¿Peligroso? No, no a estas alturas. Ella se resiste. Aún lucha por

no enfrentarse con su propia responsabilidad. Pero lo hará. Y si supera esa prueba se habrá curado totalmente.

—Pero seguirá considerándose culpable. Ella sabrá que fue culpable.

—¿Lo fue, realmente? —dudó Ralph, mirando fijamente a Spyros,

—No hay otra explicación posible, amigo mío. Es lo que ella confesó, y lo que sin duda ocurrió. Una locura infantil, una atrocidad de niño rencoroso. Pero un horrible suceso, en realidad.

—Pudo ser sólo un accidente. ¿O no?

—Bueno, pudo serlo. Y es lo que la policía consideró al final —Spyros se encogió de hombros—. Pero he oído sollozar muchas veces durante la noche a mi sobrina, acusándose a sí misma de un crimen, de un verdadero parricidio.

—Conozco ese punto —afirmó sombrío Bridges—. Ha sido mi paciente durante meses y meses. Sé su complejo de culpabilidad. Pero su subconsciente se niega a abrirse del todo. Se resiste a ello con todas sus fuerzas. Admite que fue Culpable, pero no dice por qué ni en qué forma.

—Aquí llegamos a una conclusión por entonces: Melina era caprichosa, muy mimada. Debió insistir en que le diesen algo que su padre le negó. El coche derrapo, quizás por enfurecerse ella al verse denegado su capricho, y hasta pudo hacer alguna locura, en su enfado, provocando el accidente. Luego, su memoria se bloqueó, negándose a recordarlo, a evocar detalle a detalle aquella siniestra mañana en la carretera de la costa. . . Confiaba en que ustedes, los médicos, lo habrían conseguido, Ralph.

—Soy psiquiatra, señor Zorbe. Pero no mago. Una mente humana es un laberinto tortuoso, como las calles de ese pueblecito blanco o como la carretera que hemos subido para llegar hasta aquí. Sólo que es mucho más difícil recorrerlo. Sobre todo, cuando cierto trecho del laberinto se cierra intencionadamente para no recordar, para no rememorar hechos que aterrorizan al paciente.

—De modo que sólo enfrentándose al escenario de los hechos, piensa usted que Melina podría. . . abrir de repente todas las puertas cerradas de su cerebro.

—Algo así. Es la única posibilidad que existe de devolverle una existencia normal, sin más traumas.

—¿Y si realmente hubiera sido culpable? ¿No sería eso peor que seguir escondiendo en el subconsciente la tremenda realidad.

—No, señor Zorbe. La verdad, por terrible que sea, es infinitamente mejor que la oscuridad y el pretender ignorar. Sufrirá un impacto, se horrorizará de lo que provocó, posiblemente. Pero entonces era una niña y ahora es una mujer. Tratará de asimilar esa realidad y justificarla por la inconsciencia de su niñez. No, estoy

seguro de que no hay nada peor que encerrarse en un trauma y vivir esclavo de él de por vida.

—Ojalá sea como usted dice, Ralph —suspiró el dueño de la casa—. Cuido mucho de mi sobrina, amigo mío. Es el único ser querido que tengo. Quiero que el día que yo falte, esta mansión, todo cuanto poseo, sea de ella. Y que viva feliz aquí, a su lado.

—Haré todo lo que soy capaz de hacer, pero sólo por su felicidad y su futuro. Sea aquí o sea en Londres, mientras yo trabajo, confío en que Melina sea feliz siempre. Me he casado con ella por amor.

—Lo sé, Ralph. No lo he dudado un solo momento desde que supe su decisión. Después de todo, usted no sabe nada.

—No sé nada ¿de qué? —preguntó Bridges, con gesto de sorpresa, escudriñando a su interlocutor.

—Oh, nada, nada —evadió una respuesta agitando un brazo suavemente—. Hablaremos de ello en otra ocasión. Se está haciendo tarde y refresca mucho aquí por la noche. ¿Vamos adentro? La cena debe estar a punto..!

—Sí —afirmó Ralph—. Vamos adentro.

Los dos hombres abandonaron el ya oscuro jardín y se introdujeron en la casa.

* * *

El nuevo día era radiante, esplendoroso, con un sol de fuego alumbrando el bello paisaje isleño, blanco y verde, junto al azul transparente de las aguas marinas.

Sin embargo, para los habitantes de la mansión de Spyros Zorbe no tuvo mucho de alegre ni risueño.

La primera noticia de ello la dio un grito en el jardín, cuando todos se disponían a encaminarse abajo para el desayuno. Era la voz potente de Andreas, el empleado de Zorbe. Luego, desde el mismo lugar, llamó a gritos a su patrón:.

—¡Señor Zorbe, señor Zorbe! ¡Aquí, en el jardín, vengan pronto!

No sólo el dueño de la casa, sino todos los demás, desde Stella y Helena hasta Melina y el propio Ralph, corrieron a reunirse con Andreas en el porche situado frente a la amplia rotonda ajardinada.

Allí, el musculoso marinero, con expresión demudada, les señaló algo, con mano que temblaba ligeramente.

—Vean esto, por favor. . . —pidió con voz quebrada—. Es. . . es horrible, ¿no?

Todos miraron en esa dirección rápidamente. Melina lanzó un gemido de miedo y de angustia. Ralph la sintió temblar contra él, como una débil hoja agitada por el viento. Stella siguió mostrándose glacial, totalmente hermética a las emociones, y Helena, por su parte,

lanzó un grito y estremecido «¡Dios mío!». . .

Había motivo para todo ello. Ceñudo, Spyros Zorbe hizo avanzar su silla. sin ayuda de nadie, hasta el muro enjalbegado, hasta donde Andreas mostraba la horrenda, roja señal

—El signo del Diablo ha subido hasta la casa, a lo que veo —comentó con acritud.

Ralph Bridges clavaba sus ojos en la marca trazada con algo rojo brillante, que semejaba sangre pero que no lo era. Simple pintura escarlata, vivísima sobre el fondo blanco de la cal. mostrando la cruz invertida. La señal del Diablo, como dijera el dueño de la casa.

—Quién pudo hacer eso? —preguntó el inglés en voz alta.

Todos le miraron. Luego cambiaron miradas entre sí. Había perplejidad y sobresalto en ellas,

—¿Quién puede saberlo? —jadeó Andreas—, No ponemos vigilantes por la noche. Ni siquiera perros guardianes. Nunca hicieron falta. La gente de estas islas es amable, honrada y legal. Nunca intentaron robar o merodear por aquí.

—Pues esta noche si merodearon —dijo Ralph con sequedad—. Es evidente, ¿no?

—Resulta extraño —comentó Helena—. Apenas llegáis vosotros. . . alguien traza ahí el signo del demonio, la señal que firma todos esos horribles crímenes. . .

—¿Y qué? —Ralph se volvió vivamente hacia ella—. ¿Por qué piensas que lo hicieron?

—No sé. Tal vez pretenden asustaros por alguna causa —Helena movió la cabeza con desaliento—. Esto empieza a ser preocupante.

—Más que eso —murmuró Stella con frialdad—. Empieza a causar miedo.

Ralph la miró. Posiblemente sintiera ese miedo que decía. Pero la rubia ayudante de Spyros Zorbe no reflejaba temor alguno en su bonito rostro. La verdad es que no reflejaba nada.

Fueron regresando rodos al interior de la casa muy lentamente, salvo Andreas, que se dedicaba a recorrer el jardín, no se sabía si en busca de alguna huella o de la presencia de un más que problemático intruso, dado lo avanzado de la mañana.

Ralph dejó a su mujer en manos de Helena y se aproximó a la blanca pared, examinando críticamente la pintura. La rozó con sus dedos, y arrugó el ceño. Se volvió lentamente, camino de la casa. En el porche se encontró con Stella, que le contemplaba curiosa.

—¿Cree usted en el Diablo? —preguntó de repente ella.

—¿Cree usted en Dios? —objetó Ralph con viveza clavando en ella sus ojos.

—No es lo mismo.

—¿Por qué no? Si existe Dios, existe el Diablo. Sólo que son

conceptos abstractos para el Hombre El Bien y el Mal, la Creación y la Destrucción. No creo en un diablo que salte la tapia y pinte en una pared con esmalte rojo de dudosa calidad.

—Es usted un cínico o trata de disimular su preocupación —sonrió Stella, glacial.

—Posiblemente ambas cosas —Ralph movió la cabeza—. ¿Es usted inglesa?

—No. Australiana.

—Ya. ¿Vino de Australia para llevar una silla de ruedas?

—No sea impertinente. Vine hace meses para vivir en Europa, estudiar idiomas, conocer mundo. Y trabajar, por supuesto. No tengo medios propios de vida. Conducir la silla del señor Zorbe, poner orden en la casa o ayudar en la cocina, son tareas tan dignas como cualquier otra. ¿O no piensa así un brillante psiquiatra británico?

—Por Dios, no me hable como si fuese su enemigo —rió Bridges suavemente—. Usted parece estar siempre en guardia. ¿Teme resultar vulnerable acaso?

—Eso no le importa. Si pretende coquetear conmigo, pierde el tiempo —Stella se mostró ahora particularmente áspera—. Tiene una esposa muy bonita. Y aunque yo sepa que también tengo encantos que seducen a los hombres, le advierto que no me gustan los hombres en absoluto.

—Vaya —suspiró Ralph—. No me dirá que es usted lesbiana, Stella.

—Eso es, justamente, lo que le he dicho —cortó ella, incisiva, alejándose.

Bridges la contempló pensativo. No se podía decir que la rubia australiana no fuese sincera hasta la crudeza. Se preguntó si habría algo entre ella y Helena. Pero decidió que no era asunto suyo, y se apresuró a reunirse con los demás en el comedor, aunque el desayuno se había arruinado ya con el hallazgo del porche.

—Será mejor informar de lo ocurrido al oficial Zarchos —comentó durante el mismo Spyros Zorbe—. Tal vez eso sea sólo una siniestra advertencia de algo mucho peor. . .

Ralph observó en silencio a su esposa. El incidente había afectado sin duda a Melina. Estaba pálida y ojerosa. Tomaba el café sin entusiasmo, y apenas si había probado las tostadas con mantequilla.

Por fortuna, a medida que avanzaba el día, fue reanimándose, acompañada unas veces por su tío y otras por Helena, mientras Ralph bajaba con Andreas al pueblo, para informar de lo ocurrido al joven oficial de policía.

Zarchos no estaba en su puesto, pero sí Miklos, su ayudante, que tomó nota del hecho, con gesto preocupado, y prometió informar a su superior en cuanto llegase.

Resuelto el trámite policial, Andreas le invitó a acompañarle al muelle de pescadores, para comprar algo en la lonja, con destino a la casa. Fueron tratados deferentemente por los pescadores, y regresaron al coche con una cesta repleta de plateados peces, muchos de ellos todavía coleando. Algunos crustáceos completaban el lote, y Andreas aseguró que haría con ellos un guiso exquisito para esa noche.

Iban a subir ya al coche cuando una motocicleta descendió por la carretera de la costa, yendo a detenerse en el muelle. La guiaba Laskos, y detrás viajaba su propia esposa Melina. Ralph corrió a su encuentro, sorprendido.

—¡Melina! ¿Para qué has bajado al pueblo? —indagó—. Ya regresábamos con algo de pescado fresco. . .

—Fue idea de tío Spyros —sonrió ella—. ¿Sabes conducir una motocicleta, Ralph?

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría regresar allí también en moto, querido —sugirió Melina—. ¿Por qué no conduces tú y Andreas y Laskos suben en el coche?

—Como quieras —rió Bridges—. Si es un capricho. . .

—Me encanta recorrer sitios como los de esta isla en una moto. Me siento mucho más libre, Ralph. . . —aseguró ella, mirando risueñamente el mar.

Parecía bastante recuperada tras el susto inicial de la mañana. Ralph subió a la moto, situó tras de sí a Melina, asegurándose de que viajaba cómoda y sin riesgos, y se dirigieron cuesta arriba, despedidos jovialmente por los dos servidores griegos, que aún no habían puesto en marcha su coche y parecían dispuestos a tomar un trago en una taberna cercana.

La moto remontó dificultosamente la pronunciada rampa de la carretera, escalando hacia la cima junto al borde del mar. El panorama era esplendoroso, y la leve brisa marina, con su olor inconfundible, agitaba sus cabellos y azotaba gratamente sus rostros.

Pasaron ante el colegio de muchachas. Desde detrás de la puerta enrejada, unas caritas jóvenes asomaron curiosas, mirándoles. alguna de ellas agitó su brazo en salutación a los viajeros. Ralph no captó alegría en aquellos rostros casi infantiles.

Un hombre de pelo totalmente blanco y rizado, de tez muy morena y ojos negros y brillantes, pulcramente vestido de color beige claro, apareció tras ellas, obligándolas a apartarse de allí, mientras la motocicleta doblaba la cercana curva. Melina informó a Ralph:

—Ese debe ser el señor Xenakis, el director del centro. Tío Spyros me lo ha descrito tal como es. Dice que es un hombre digno de toda confianza.

—Pero sus alumnas mueren misteriosamente a manos de un

mismo loco —comentó Ralph gravemente—. Es muy extraño que no profundicen las investigaciones en ese colegio, la verdad..

—Oh, en estos sitios las cosas no son como en Inglaterra —explicó ella, haciéndose oír sobre el rugido del motor y el zumbido del aire—. Si una persona es totalmente respetable, nadie la molesta a menos que demuestre no ser lo que parece. Además, la policía local no es precisamente Scotland Yard. Es seguro que el oficial Zarchos y su ayudante habrán tomado más de un vaso de vino con el señor Xenadis, y todos son viejos amigos en la comunidad. Resulta difícil investigar crímenes en un sitio así.

—Sin duda —Ralph se puso serio al ver la próxima curva. Miró hacia arriba. Como esperaba, la gran terraza asomada al mar era visible desde allí. Esta era la curva. El lugar maldito para Melina. La miró por el espejito retrovisor de la moto. Parecía ajena al lugar por donde pasaban. Como si no lo recordase.

Súbitamente, Ralph frenó la moto, justo en la curva. Las ruedas se clavaron en la gravilla del borde. Abajo, el acantilado emitía el rumor del oleaje rompiendo en las rocas. Melina le miró, sorprendida.

—¿Qué ocurre, Ralph? —preguntó—. ¿Le pasa algo a la moto?

—No —negó él lentamente, bajando del vehículo—. ¿No sabes dónde estamos, Melina?

Ella parpadeó. Luego miró en torno. Lentamente, sus ojos resbalaron hacia la curva, hasta el precipicio mismo. Palideció intensamente, Comenzó a temblar.

—Oh, no, no. . . —sollozó con voz ronca—. No lo hagas, Ralph. . .

—Es preciso. Ahora o nunca. Estamos en el mismo lugar. Recuerda, Melina. Tienes que recordar..

—¡No! —chilló exasperada, tapándose el rostro con ambas manos—. ¡No, Ralph, no. . .!

—Es inevitable —insistió él con energía—. Adelante, Melina. No habrá otro momento mejor, estoy seguro de ello. Tienes que arriesgarte a recordar, a saber. . . Mira hacia esa curva, Melina. Que por ahí por donde se desplomó el coche. . . con tus padres y tu hermano Angelos dentro. . .

—¡Noooooooo! —fue casi un alarido, mientras movía la cabeza frenéticamente, en sentido negativo.

—¡Sí, Melina! —tronó Ralph, aferrándola por ambos brazos con decisión—. ¡Mira de una vez. Melina! ¡Recuerda, recuerda! ¿Qué pasó en ese coche? ¿Por qué saltasteis al abismo, por qué saliste despedida tú el vehículo. . . y los demás murieron con él, en el fondo de ese mismo mar? ¡Responde, Melina! ¡Responde. . .! ¿Qué recuerdas? ¿Qué recuerdas exactamente que sucedió aquí?

Elia apartó las manos. El llanto corría por su rostro. Miró demudada a Ralph, luego al abismo. . . Avanzó unos pasos hacia éste.

Y Ralph con ella, vigilante. La voz de Melina, como el eco lejano de otra voz ajena, distinta, casi infantil, empezó a brotar, monocorde, de entre los crispados labios de la joven:

—Papá. . . mamá. . . Angelos. . . ¿Por qué. . . por qué me castigáis a mí? Fue él quien lo hizo. . . Angelos. . . Lo juro. . . El rompió tus miniaturas, papá. . . Lo juro. . . No seas duro conmigo. . . No puedes castigarme así. . . No, no. . . Papá, el coche. . . Cuidado. . . Esa curva. . . No seas tan duro conmigo, papá, por el amor de Dios. . .

Mamá, díselo, convéncele. . . Angelos, no te rías. . . No te burles de mí. Sabes que lo hiciste tú, no yo. . . No dejes que me peguen mas por eso. . . ¡No, papá! El volante. . . El freno. . . ¡No, el acelerador no!. . . Dios mío. . . «Mi pie. . . el acelerador.. No puede ser. . . No es posible hacer algo así. . . pero está hecho . . . El coche. . . salta. . . salta. . . cae. . . Papá. . . ¡Papá, perdón! Mamá, no quise. . . No quise hacerlo. . . ¡Noooooooo. . .!

Exhaló un grito terrible, se tambaleó cerca del abismo, frente al mismo mar que engullera el coche en que viajaba, diez años atrás, en compañía de sus padres y hermano.

La sujetó a tiempo, la atrajo hacia sí. Ella estalló en llanto, se abrazó a él. Por la carretera, renqueando por la acusada pendiente, apareció el coche, con Laskos y Andreas dentro.

Frenaron, corriendo hacia ellos. Ralph les calmó:

—No pasa nada. Sólo parte del tratamiento. . . Será mejor que vosotros sigáis en la motocicleta. Yo llevaré a mi mujer en el coche. Sí, dejad el pescado ahí. Lo llevaré a la casa. . .

Subió al coche con ella, la acomodó atrás y se puso al volante. Los dos griegos, preocupados, abrieron paso con la moto, subiendo todos en compañía hacia la casa. Ralph permanecía silencioso, absorto, el rostro ceñudo, los ojos ensombrecidos. Tras él Melina seguía llorando ahogadamente. De vez en cuando se le oía musitar entre dientes:

—Dios mío. . . Fui yo. . . Yo lo hice. . . Pisé el acelerador. . . Estaba furiosa con papá. . . Me había pegado injustamente. . . Y yo. . . envié a todos ellos al mar. . . Yo. . . ¡les asesiné a todos!

Ralph no dijo nada. Se limitó a morderse el labio, conduciendo con la mirada fija en la carretera. Sabía que ahora era mejor no decirle nada a Melina, no interrumpir el curso penoso de sus pensamientos. . .

Después de todo, era la verdad. Una terrible y dolorosa verdad.

CAPITULO VI

El silencio tras de la cena era profundo.

Acababa de abandonar la casa el oficial Zarchos, tras tomar declaración a Andreas y a los demás, y examinar personalmente la señal del muro, que comprobó que era idéntica a la hallada anteriormente en el lugar donde aparecieron los cadáveres de las víctimas del misterioso asesino de la isla. A una pregunta de Spyros Zorbe, su respuesta había sido escueta:

—Sí. La muchacha muerta ayer en las proximidades del muelle, era otra alumna del colegio. Debió evadirse, como las demás, y alguien la atacó antes del amanecer en un rincón poco frecuentado del barrio marineró. Las chicas del colegio están aterrorizadas, pero juran no saber nada de nada. Creo que mienten. En cuanto al señor Xenakis, no se explica lo que puede suceder en el colegio. No hemos hallado allí nada sospechoso, ésa es la verdad.

No era una información como para animar a nadie. Unido eso a lo sucedido aquella mañana en la carretera, el ambiente se convertía en pesado y tenso. Melina había tenido que retirarse al dormitorio, con un sedante administrado por Ralph para permitirle descansar tranquila. Zorbe se había mostrado algo contrariado al respecto.

—Te lo dije, Ralph —le censuró acremente—. Era una experiencia peligrosa.

—Lo ha sido, lo admito —suspiró el joven psiquiatra—. Pero era imprescindible llegar a ella. Ahora, ella y nosotros sabemos ya la verdad.

—¿Y ha valido la pena? —dudó Zorbe, malhumorado.

—No lo sé. Soy su médico y su marido. Personalmente, creo que esto puede ser su salvación definitiva como mujer y como ser humano.

—O su perdición total.

—Había que correr el riesgo. Existía un suceso terrible en su vida: la muerte en accidente de sus padres y hermano. Un accidente del que ella milagrosa y extrañamente se salvó, con un raro complejo de culpabilidad que la hacía olvidar sus detalles. Era una oportunidad fascinante para un psiquiatra. Pero más aún para un hombre enamorado.

—Moralmente, ella es culpable dijo con dureza, su tío—. De eso no hay duda.

—Fue una cosa infantil. Estaba enfadada. Hizo algo brusco posiblemente. Pisó el acelerador a destiempo, quizás como una expansión irreflexiva. Eso no es un crimen. Es sólo un homicidio involuntario.

—¿Podrás convencerla a ella de eso, Ralph? —dudó Zorbe, arqueando sus cejas.

—No lo sé —confesó amargamente Bridges—. Al menos, lo intentaré.

—Dios te ayude en ello, muchacho. Melina es muy sensible. Demasiado,. Puede suponer para ella un trauma peor que la misma amnesia de esos ciertos detalles borrados por su mente.

Y salió de la estancia con un rodar nervioso de su silla metálica. Ralph le vio alejarse por el largo corredor embaldosado, de muros blancos. Miró en derredor. Se había quedado solo con Stella. La australiana le miró con frialdad. Su harinoso rostro parecía una máscara. Por vez primera notó Ralph la masculinidad de sus anchas muñecas y del rictus duro de sus labios viciosos.

—Todo se complica —murmuró el joven médico—. Y decían que esta isla era un paraíso.

—Lo ha sido durante mucho tiempo. Antes de aparecer el Diablo en ella. Y antes de venir usted, doctor —señaló fríamente Stella.

—Muy amable. ¿Me cree culpable de algo?

—No exactamente. Pero creo que le gusta jugar demasiado fuerte a veces.

—No tengo otro remedio. El problema de Melina no era fácil.

—Lo sé —suspiró la rubia—. Tampoco es fácil explicar lo que sucede aquí desde hace tiempo. Tanta sangre, tanto miedo . . .

—Miedo, ¿a qué? Usted conoce a la gente de esta isla. ¿Qué dicen ellos? ¿Qué piensan que sucede? ¿Lo atribuyen a fuerzas maléficas o solamente a un loco peligroso y sanguinario?

—Todos piensan lo mismo: el Diablo.

— El Diablo. . . —repitió Ralph, exasperado—. Es una explicación demasiado cómoda.

—Claro. Pero la gente es supersticiosa y simple. Dicen que es cosa de Satán. Otros aseguran que la mano ejecutora es humana, pero el impulso diabólico.

—¿Cómo se explican eso? ¿Un poseso?

—Uno o varios. En la isla de Thire se habla de satanismo, de una posible secta de culto demoníaco o algo parecido. . .

—Eso ya tendría más sentido —aceptó Ralph frunciendo el ceño—. ¿Hay algo que lo apoye?

—No lo sé. No conozco a ningún satanista, doctor. Pero cabe en lo posible, ¿no?

—¿Existieron antes posibilidades de que hubiera satanistas en esta isla?

—Tampoco lo sé. Lo importante es que los hay ahora, si hemos de creer que lo que sucede es algo más que la tarea de un simple maniaco criminal. ¿Usted qué cree?

—Nada —confesó Ralph sombríamente—. Ni siquiera creo nada. .

Stella sonrió, encogiéndose de hombros, y abandonó el comedor dejándole solo ante la mesa vacía. Momentos después, Laskos retiraba en silencio platos y cubiertos, dirigiéndole una tímida sonrisa amistosa. Ralph le correspondió, abandonando la sala y dirigiéndose a la planta alta. Observó cómo dormía profundamente Melina. La tomó el pulso y comprobó que todo iba normalmente. Besó la mejilla de la joven y se dispuso a retirarse.

Al girar la cabeza, descubrió a Helena en el umbral.

—¿Cómo está Melina? —preguntó la joven griega.

—Bien —dijo Ralph suavemente, saliendo y cerrando tras de sí—. El sedante hace su efecto.

—¿Y qué pasará luego, cuando se recupere?

—No lo sé, Helena. Hoy descansará toda la tarde y noche. Es mejor así. Mañana veremos cómo se encuentra. Hay que confiar en que su mente reaccione ante la verdad y la acepte como algo irreversible.

Caminaban hacia la escalera que descendía a la planta baja. Tras una pausa, Ralph preguntó a la joven:

—¿Conociste a Melina de niña?

Helena asintió.

—Sí, pero no me acordaba apenas de ella —confesó—. Habíamos jugado a veces juntas. La recuerdo como una niña algo mimada y arrogante, pero buena en el fondo.

—¿Y su familia, aparte el señor Zorbe?

—¿Sus padres y hermano? —ante el asentimiento de Ralph, Helena suspiró—. Sí, les conocí por entonces. Eran buenas personas. Pero el padre era demasiado duro. A veces violento. Solía castigar con mucho rigor. La madre era más tolerante, más blanda.

—¿Y Angelos?

—¿El niño? Correspondía justamente a su nombre: un verdadero ángel. Rubio, dulce, delicado. . . Hay una fotografía suya abajo. Ven, te la enseñaré.

Le llevó a un gabinete donde había un secreter y numerosos legajos, libros y papeles en las estanterías. Sin duda, el dueño de la casa trabajaba allí. Helena le mostró algo en el muro. Ralph Bridges se aproximó.

Era la fotografía de un rubicundo niño rubio de ojos singularmente oscuros para su color de piel y de cabellos. Sonriente, realmente angelical.

—Realmente, parece un ángel.

—Lo parecía —dijo Helena con tono significativo.

—¿Qué quieres decir? —la miró Ralph, interrogativo.

—En realidad era muy travieso. Y bastante embusterillo. Muchas travesuras tuyas las pagaba Melina, porque tenía fama de traviesa y rebelde. El, con su cara de angelito, todo lo tenía resuelto. Su padre jamás le hubiera creído culpable de nada malo.

—Sí, ocurre en muchas familias —admitió Ralph—. Melina habló de miniaturas rotas. . . y de que ella no lo había hecho, aunque le pegaban por ello. . .

—Creo que oí comentar la historia al señor Zorbe. Fue antes del accidente. El padre de Melina tenía una carísima colección de miniaturas de porcelana y de cristal. Alguien las hizo añicos. Creyeron que era ella. La pegó duramente y creo que la iba a internar en un colegio. Entonces ocurrió todo. . .

Ralph apretó los labios. Incluyó la cabeza. Luego, volvió a mirar al niño rubio, el hermanito de Melina que halló la muerte en el fondo del cristalino mar.

—Ya —suspiró—. Gracias por todo, Helena.

—Lamento no saber mucho más —dijo ella—. Por entonces, también yo era muy niña. . .

Ralph asintió, alejándose hacia el jardín, donde centelleaba la luz solar. De pronto, creyó sentir la presencia de alguien en la escalera. Miró hacia arriba.

Allí estaba Stella. Mirando fijamente a Helena. Se sorprendió la afilada autoridad de su tono al dirigirse a la griega:

—Helena, sube, en seguida. Tengo que hablar contigo.

—Sí, Stella, ya voy —respondió, extrañamente sumisa, la belleza morena, dirigiéndose a la escalera.

Ralph salió al jardín sintiendo cierta impresión de desagrado. Se alejó por entre los setos y apreses, en dirección al balcón natural asomado a las laderas de la isla.

* * *

Ralph despertó, incorporándose en el lecho.

Consultó su reloj de esfera luminosa digital. Era medianoche. A su lado Melina dormía profundamente. el sedante seguía produciendo su benéfico efecto sobre la excitada muchacha.

Miró en derredor, a la habitación en sombras. Luego, supo lo que le había despertado. Había luna esa noche. Su claridad plateada penetraba en forma de cuchillo por la rendija de la ventana entreabierta.

Se incorporó y fumó un cigarrillo. Se sentía desvelado. Comprobó de nuevo que dormía Melina sin desasosiego, y se vistió en silencio. Una vez calzado, salió de la estancia, cerrando suavemente tras de sí. Caminó hacia la planta baja.

Esta noche sí había vigilancia. Andreas montaba guardia en el porche, con un revólver antiguo, y tal vez inservible o poco menos, entre sus rudas manos. Se mostró extrañado al verle aparecer.

—¿Usted aquí, doctor? —preguntó—. ¿Desea algo? ¿Está peor la señora?

—No, Andreas, gracias —sonrió Ralph—. Ella duerme tranquila. Soy yo quien no puede conciliar el sueño. Daré un paseo por el jardín. La noche parece excelente.

—Lo es, doctor. Ni soplo de brisa. Y luz de luna. . . Espero que nadie se atreva a entrar en la propiedad o le volaré la cabeza.

Bridges asintió con la cabeza y se alejó bajo la claridad lunar que invadía toda la extensión ajardinada. Esta vez no fue a contemplar el punto donde tuviera lugar la tragedia de los Zorbe, sino que paseó por el borde de la terraza, mirando al mar, que brillaba como plata azulada bajo la luna, hasta contemplar el paradisíaco panorama blanco del pueblecillo. Lentamente, volvió sobre sus pasos, fumando en silencio, pensativo y preocupado, hasta detenerse justo frente al punto desde donde la visual del colegio femenino era nítida. La edificación, el oscuro jardín y la tapia blanca, con la puerta enrejada, eran claramente visibles desde allí, al borde de la carretera en espiral.

De repente, Ralph se puso rígido. Sus ojos se clavaron en aquella tapia blanca y distante. No cabía error posible.

Una sombra en movimiento estaba saltando la tapia hacia el exterior. Era la figura furtiva de un ser humano agazapado y ágil, que ahora pisaba el exterior alejándose del edificio del colegio femenino.

La distancia desde allí era bastante grande como para pensar en correr hacia el colegio y tratar de capturar al nocturno paseante que había saltado la cerca encalada. Pero sus ojos pudieron seguir la ruta de la sombra furtiva, en plena noche, y comprobó que se dirigía hacia el blanco pueblo.

Una idea pasó rápidamente por su cerebro. Saltó la breve cerca de la terraza, y se deslizó ladera abajo, procurando no hacer ruido alguno. No buscó caminar por el sendero., puesto que ese recorrido sería demasiado largo y fatigoso para hacerlo a pie, sino que cortó, con algún riesgo, por el atajo que suponía la ladera, en dirección al centro docente para muchachas.

Rodando virtualmente, llegó Ralph hasta las proximidades de la carretera, a cosa de doscientas yardas de las tapias del colegio. Miró a ambos lados del serpenteante camino, sin ver rastro de persona alguna. Agazapado, salvó la cinta de asfalto y se pegó a un ángulo de la tapia blanca, disponiéndose a esperar el tiempo que fuera preciso.

La espera no se prolongó demasiado. Cosa de diez o doce minutos más tarde, apareció alguien por el borde de la carretera y, a toda prisa, alcanzó las tapias y salvó las mismas por un punto no muy

alejado de donde se hallaba Ralph.

Resuelto a llegar hasta el fin, el joven médico se dispuso a seguir al merodeador misterioso, cuya identidad no le había sido posible descubrir, pese a la luz de la luna, ya que aquella persona se envolvía en una especie de manto o rebozo oscuro, muy propio de las mujeres de edad en Grecia, que incluso cubría su cabeza casi por completo.

El médico escaló con alguna dificultad la tapia blanca, y terminó lanzándose al otro lado de la misma, sobre un muelle césped del jardín del colegio. Vislumbró allá, ante él, corriendo hacia el edificio blanco de la escuela, la misma figura embozada.

Ralph se lanzó contra ella. Su pie golpeó las raíces de un árbol y produjo un sonido seco. Eso provocó la alarma en su perseguido. Giró la cabeza. Algo cayó de sus manos y produjo un golpe metálico en la gravilla del jardín iluminado por la luna. La velocidad de carrera del misterioso personaje se aceleró.

Bridges también corrió con mayor celeridad. Sus ojos descubrieron qué era lo que su perseguido había soltado al huir. Había caído sobre la gravilla, derramando su contenido: era una lata conteniendo pintura roja, que ahora formaba un reguero denso y brillante.

El perseguido desapareció tras unos arbustos, junto al porche del edificio. Ralph intentó seguir ese mismo camino. Pero apenas hubo cruzado la red de arbustos, algo cayó súbitamente sobre su cabeza. Fue un impacto seco y potente.

Todo dio vueltas en torno a él. El suelo pareció venir a su encuentro y estrellarse contra su rostro. Luego, se hizo la oscuridad. Ralph Bridges quedó tendido boca abajo, totalmente inconsciente.

* * *

No era un despertar lógico. No, no lo era.

Ralph advirtió atónito, que una forma desnuda estaba tendida a su lado. Unos brazos le rodeaban, una boca sensual y húmeda recorría su boca, sus mejillas, su cuello. Sentía el calor, casi el fuego, de aquella desnudez femenina, apretándose a él, en el lugar oscuro y sombrío donde acababa de recobrar el conocimiento.

—¿Qué es. . .? ¿Qué sucede? —jadeó roncamente—. ¿Quién eres?

—Calla. . . —musitó una voz de mujer, apagada y débil—. Calla y ámame. . . Soy tuya. . . y tú eres mío, seas quien seas, amor. . .

—Es una locura. Tengo que salir de aquí —masculló Bridges, aturdido, intentando apartar aquel cuerpo de mujer ardiente del suyo propio—. Aparta, déjame, sea quien seas. . .

—No, no. . . —murmuró ella, la desconocida—. No saldrás. No aún, amor. . .

Trató de forcejear, de luchar. Imposible. Parecía drogado, sumido en un estado febril a causa de algún raro fármaco o sortilegio diabólico. Estaba en manos de aquella mujer, quería huir, evadirse de sus brazos desnudos, de su ardor sensual, pero le era radicalmente imposible lograrlo. Una somnolencia, una laxitud física total, le dejaba virtualmente en manos de su ardorosa y enigmática pareja. Era casi humillante, pero se sentía como el macho vencido, domeñado por la hembra poderosa y autoritaria.

Supo que intentaba todavía oponerse a aquel acoso pasional. Pero también supo que estaba vencido. Roto. En poder de la mujer posesiva que ahora recorría su cuerpo con ardorosos besos y caricias lascivas.

De nuevo se sumió en la inconsciencia. Pero esta vez, antes de desvanecerse y sumirse en la oscuridad, pudo ver cerca de él aquel rostro de mujer, casi infantil. Supo, con horror, que era virtualmente una adolescente, casi una niña, quien de ese modo se apoderaba de él como de un extraño muñeco, de un simple juguete sexual.

Luego, ya no supo nada, salvo que los gemidos de placer de ella se perdían en la bruma de su somnolencia cada vez más profunda. . .

CAPÍTULO VII

—¿Cómo se encuentra, doctor Bridges?

La voz le sonó lejana e indefinible. Sólo cuando la repitió por segunda vez la pregunta y cuando las brumas de su cerebro y de sus ojos se fueron evaporando, reconoció al hombre de uniforme, inclinado curiosamente sobre él.

—No sé. . . —jadeó—. No sé, oficial Zarchos. . . Mal, supongo.

—Pues heridas o señales de violencia, no se advierten —sonrió con rara expresión el policía griego. Quien añadió seguidamente, justificando esa entonación suya—: Esto usted tan desnudo como llegó al mundo, doctor Bridges.

—Dios mío. . . —Ralph comprobó eso, e inmediatamente aceptó la manía que le tendía el agente de la autoridad con gesto amable—. Ahora recuerdo algo. . .

—¿Qué recuerda?

—La mujer. . . La chica. Era una muchacha muy joven, una adolescente. . . —¿Dónde la vio?

—Aquí. . . Creo que aquí mismo. . . —Ralph miró torpemente en torno suyo, a las sombrías paredes, a la ventanuca cerrada, a los montones de viejas cajas de madera polvorienta que se hacinaban en un rincón—. ¿Dónde estoy, exactamente?

—En mi establecimiento, doctor —dijo una voz fría, en un inglés aceptable—. Dentro del colegio para señoritas que yo regento. ¿Puede decirme la causa de tal hecho?

Ralph miró hacia un lado. Descubrió a un hombre alto, cetrino, de tez muy oscura y ojos muy negros, en contraste con su cabello níveo, blanquísimo y rizado, a quien no era la primera vez que veía.

—El señor Xenakis, ¿no es cierto? —preguntó débilmente.

—Sí. Y no puedo creer que esté usted aquí por arte de magia, doctor. ¿Qué hacía en mi establecimiento, reservado únicamente a personas del sexo femenino?

—Seguí a alguien que merodeaba de noche por ahí. Le vi saltar la tapia y lo seguí. Al huir de mí dejó caer una lata llena de pintura roja. Luego, alguien me golpeó. He recobrado aquí el conocimiento por un instante. Una chiquilla desnuda yacía conmigo y sospecho que, a viva fuerza, he tenido con ella relación sexual sin percatarme de ello.

—Eso no tiene sentido —rechazó airadamente Xenakis—. Ninguna de mis muchachas haría algo tan aberrante y vergonzoso, doctor Bridges.

—Me tiene sin cuidado lo que usted crea —se irritó Ralph—. Juro que es la verdad, oficial Zarchos.

—Está bien. ¿Cree que podría identificar a esa muchacha si le viese de nuevo? —quiso saber el policía griego amablemente.

—Pues. . . sí. Creo que sí. Vagamente, recuerdo sus ojos, sus cejas, su boca. . .

—Está bien. Vístase. Veo que sus ropas están ahí, en un rincón. Luego sígame, por favor. Tengo algo que mostrarle. No será agradable. Pero tiene que verlo. Venga conmigo, señor Xenakis, por favor. Esperaremos allí al doctor Bridges.

Ralph se vistió con celeridad. Al salir al exterior, la luz solar le deslumbró. Se alarmó ante lo alto que aparecía ese sol en el azul y despejado cielo cálido.

—¿Qué hora es ya, oficial Zarchos? —preguntó a viva voz, puesto que no llevaba su reloj de pulsera en estos momentos, aunque pronto notó su peso y bulto en un bolsillo de su pantalón.

—Las tres de la tarde, doctor —dijo el policía—. Lamento no haberle encontrado antes. Su esposa y los demás estaban muy inquietos. Ya he enviado a mi ayudante para tranquilizarles, no tema. Venga aquí, se lo ruego. Será sólo un momento. . .

Avanzó Ralph Bridges hacia el lugar donde Zarchos y Xenakis aguardaban. Cuando llegó allí, no supo si era el calor, la debilidad o el efecto de la posible droga ingerida aquella noche de alguna forma lo que le causaba náuseas.

O simplemente el espantoso, sangriento espectáculo al que sus ojos se enfrentaban en aquel recoleto y fresco rincón del jardín

colegial.

Porque allí? de nuevo, estaba el espantoso rastro del asesino sanguinario. En forma de un cuerpo adolescente, semidesnudo, tendido boca abajo sobre un parterre, bajo el signo de la cruz invertida sobre el muro blanco, trazado esta vez con sangre y no con pintura roja, como allá arriba, en casa de Zorbe.

La forma humana de mujer joven, esbelta, casi delgada, dé tez bronceada y pelo muy negro, aparecía surcada por hondos cortes que abrían su carne en heridas sangrantes y atroces. Le habían mutilado algunos dedos de una mano, y al girarla el oficial Zarchos tomándola de un brazo, mostró otra mutilación terrible en un seno.

Ralph lanzó un grito ronco al ver los oscuros ojos desorbitados, la convulsa boca, la faz crispada por el último rictus de vida.

—¡Es ella! —masculló, retrocediendo muy pálido. —¿Ella? ¿Quién, doctor Bridges? —insistió el policía.

—La muchacha de quien le hablé. . . la chica que estaba en mis brazos cuando desperté fugazmente de mi sopor. . .

Zarchos miró a Xenakis significativamente. El profesor meneó la cabeza de un lado a otro, como rechazando semejante idea. Su gesto era entre huraño y aterrado.

—No puedo creerlo —jadeó—. Ana era una muchacha discreta, nada procaz. . .

—También esto es un colegio de señoritas donde se supone que no puede ocurrir nada parecido —dijo secamente el policía, señalando el cuerpo tendido en el jardín—. Hay muchas cosas oscuras en este asunto, señor Xenakis. Demasiadas. . . Bien, doctor Bridges. ¿Puedo llevarle a casa del señor Zorbe cuando vengan a recoger este cuerpo los del depósito Será cosa de unos minutos. . .

—Claro —jadeó Bridges, apartándose del cadáver femenino y apoyándose en un muro encalado, con expresión convulsa—. Puedo esperar, oficial.

Cosa de un cuarto de hora más tarde, un coche del pueblo, destartalado y pintado de negro, recogió el cadáver, envolviéndolo en unas sábanas e introduciéndolo atrás, en una cabina donde todavía se veían residuos de verduras transportadas previamente. El singular vehículo se alejó, traqueteando, con destino al pueblo. Zarchos condujo a Ralph hasta otro coche, pequeño y muy usado, con el distintivo de la policía, y explicó mientras subían:

—En la isla no abundan los vehículos, doctor. El dueño de las pompas fúnebres y sepulturero oficial de Thire, también usa su coche fúnebre para transporte de mercancías. Aquí la gente no puede permitirse muchos lujos. Pero la pobre chica, Ana, tampoco los necesita ya. . .

Era asombrosa la fatalidad con que aceptaban en aquel país la

muerte, por violenta y extraña que ésta fuese, pensó Ralph mientras le conducían carretera arriba, de regreso a casa, tras su inquietante y oscura aventura de aquella noche.

* * *

—¿Qué es lo que está sucediendo en esta isla, por el amor de Dios?

La pregunta de Melina tenía una nota emotiva, casi angustiada, que llegó a todos los presentes de la casa. Fue Zarchos, el joven oficial de policía, quien se aproximó unos pasos a la joven señora Bridges, la miró pensativo y habló, tras un suspiro:

—Eso quisiéramos saber nosotros, señora. Es como si una maldición hubiera caído súbitamente sobre nosotros convirtiendo un verdadero paraíso de paz y sosiego en un infierno de maldad y de sangre. Todos nos preguntamos qué puede ser este horror. Pero no encontramos una respuesta lógica.

—De alguna forma tuvo que empezar, sin embargo —objetó gravemente Ralph.

—Por supuesto, doctor Bridges —Zarchos volvió sus oscuros ojos vivaces y astutos hacia el joven inglés—. Todo tiene siempre un principio. Y espero que, naturalmente, tenga también un final. . . Usted tiene razón. Hubo un principio. De ello hace unos meses. Súbitamente, comenzaron a ocurrir estas muertes horribles: cuerpos mutilados, señales en sangre sobre los muros, cuando no imitadas con simple pintura roja, como usted mismo comprobó. . . Es evidente que alguien, una persona que cultiva algo satánico se ha instalado aquí, entre nosotros, practicando sus feroces ritos en la isla.

—Pero ¿quién, oficial? —quiso saber Melina, cuyo rostro pálido pero más sereno, parecía considerablemente más animado que en días anteriores, quizás porque ya se iba habituando a oír hablar de los horrores de la que ella imaginara isla paradisíaca—. Tiene que haber un culpable. . . si no varios.

—Siempre hay un culpable, señora Bridges —aceptó el policía—. Pero no es fácil dar con él o ellos en esta isla, pese a lo reducido de su comunidad, precisamente por el miedo. Es un miedo que cierra las bocas, porque todos temen al Diablo y cosas por el estilo.

—¿Usted cree que el Diablo tiene algo que ver en esto, oficial Zarchos? —terció, escéptico, el dueño de la casa, desde su silla de ruedas.

—Creo que algo tiene que ver en el asunto, señor Zorbe —sonrió suavemente el oficial de policía—. Pero no soy tan ingenuo como para atribuir a un ser con patas de macho cabrío y olor a azufre una serie de crímenes bien concretos, y de hechos totalmente reales y tangibles. Yo diría, sin embargo, que existe aquí una secta.

—¿Una sociedad satánica secreta? —preguntó Melina.

—Eso explicaría muchas cosas —Zarchos asintió con la cabeza—. Las muchachas jóvenes son fácilmente impresionables y dúctiles, si una persona con fuerza magnética y ciertos poderes trata de dominarlas. Eso puede estar ocurriendo en el colegio, sin que nosotros lo sepamos, diga lo que diga el señor Xenakis.

—¿Alguien del mismo colegio? —preguntó Ralph, fritándose el mentón.

—Es posible, doctor Zarchos le miró significativamente—. Como en todos los ritos satánicos, la carne, el sexo y la orgía pueden formar parte de esa liturgia maldita. Pero la verdad es que, de no ser una cualquiera de las propias muchachas allí internadas. . . sólo nos queda como sospechoso el propio profesor Xenakis.

—¿Y usted no le cree capaz de algo así? —indagó Melina.

—Me parecería sorprendente, señora Bridges —suspiró Zarchos, encogiéndose de hombros. Aunque, naturalmente, todo es posible. . . Por si acaso, tenemos vigilado estrechamente al profesor. Veremos lo que resulta.

—No parece usted demasiado convencido de su culpabilidad —apuntó secamente Spyros Zorbe.

—Es que no puedo estarlo. Lo que fuese, se afincó aquí hace unos meses tan sólo, señor Zorbe. Y el profesor lleva más de cinco años en esta isla. . .

—Por favor, oficial Zarchos, sólo deseo pedirle una cosa —la voz de Melina era casi angustiada, cuando ella puso su mano impulsivamente en el brazo del policía griego—. Sea lo que sea lo que nos amenaza, sólo le ruego que vele por nosotros, que trate de impedir que ese horror penetre también en esta casa. He estado enferma, me estoy intentando reponer y enfrentarme a mi propia vida llena de complejos y temores, y ahora este clima de angustia y terror me tiene alucinada. Si supiera, al menos, que alguien me protege y vela por mí, aunque no le vea. . .

—Señora Bridges, es usted particularmente afortunada —sonrió seriamente el policía mirándola con fijeza—. Su esposo se preocupa mucho de usted. Y yo, personalmente, le prometo velar por su vida y su seguridad en cuanto me sea posible.

—Gracias, oficial —musitó Melina, retirándose de él, como si de pronto se sintiera avergonzada por su debilidad—. Trate de comprenderme. Mi marido me está intentando curar de un pasado muy penoso, del que usted sin duda también sabe sobradamente los detalles. . .

—Eso debe olvidarlo, señora —la aconsejó Zarchos—. El pasado nunca es una amenaza, salvo para nuestra mente. En cambio, quien asesina en esta isla, es un peligro para todos. . .

Murmuró una serie de disculpas y saludos, y se retiró de la casa, regresando al pueblo. Melina se abrazó a su marido. Ralph sonrió, acariciando sus cabellos.

—El oficial tuvo razón —dijo el médico—. No debes sufrir por lo que pasó, sino por lo que puede pasar. Confía en mí, velaré tus sueños. No voy a permitir que ningún fanático endemoniado estropee lo que estamos a punto de lograr, liberándote de tus viejos traumas, querida.

Y la apretó contra sí, con tal firmeza, que Melina se sintió más segura que nunca. Y esa sensación la hizo feliz.

* * *

El leve ruido apenas si fue audible en la noche. Pero Ralph estaba alerta, con todos sus sentidos muy despiertos. Se incorporó con sigilo. Melina dormía. Los sedantes, aunque no demasiado fuertes, la ayudaban a conciliar el sueño profundo y reparador que le impedía sufrir pesadillas o sobresaltos.

Una vez más, Ralph salió con sigilo de la habitación. Oyó las suaves pisadas en el corredor. Por el camino, el joven médico se calzó sus ligeros zapatos de lona, y se abotonó la camisa de color oscuro. Dormía con pantalones, porque toda la noche estuvo seguro de que esto iba a ocurrir.

Vio caminar la furtiva sombra ante sí. Había salido de una de las habitaciones y descendía a la planta baja sin producir el menor ruido. Sus sospechas iban confirmándose. Solo había una persona que llevaba pocos meses allí. Y esa persona era justamente quien caminaba ahora delante suyo, hacia el exterior, en plena madrugada, sin aparente razón para ello.

Esa persona era una mujer. Y esa mujer era Stella. La severa auxiliar de Spyros Zorbe. La australiana recién llegada a la isla. . .

La mujer que se confesaba lesbiana y que no creía en el Diablo, según sus palabras. Fría, cerebral, inteligente y astuta. Siempre pensó que ella tenía algún papel relevante en los trágicos sucesos de la isla. Estaba a punto de confirmarlo, se dijo con curiosidad malsana, pero tratando al mismo tiempo de que aquella sangrienta pesadilla dejase de pesar sobre todos ellos como una siniestra amenaza del más allá.

La siguió hasta el exterior. Tuvo que ocultarse en varias ocasiones. Stella, como intuyendo la presencia de alguien, giraba la cabeza con frecuencia. Atravesó el jardín, saliendo fuera de la propiedad. Comenzó a descender la sinuosa carretera, pero agazapada entre los hierbajos y matorrales, para no ser vista. Ralph la siguió del mismo modo, hasta muy cerca de las blancas tapias del colegio femenino. Contuvo el aliento al ver que otra figura acudía a reunirse con Stella.

Era alguien que había saltado la cerca encalada del colegio: una muchacha muy joven, casi una adolescente sin duda, a juzgar por su figura delgada y sin formar totalmente. Pero Stella abrazó y besó a la chiquilla como si fuese el más apasionado amante.

Ralph sintió cierta náusea de vigilar aquella escena depravada, pero se mantuvo en su emplazamiento actual, a la espera de los acontecimientos, seguro de que quizás se hallaba al filo de un descubrimiento que podía esclarecer de una vez por todas el misterio de la isla.

Ambas, juntas, se dirigieron a un punto determinado. Para su sorpresa, no era el colegio, sino una pendiente en terraplén, peligrosamente asomada sobre el barranco que iba a morir en ¡os arrecifes isleños batidos por el mar.

Las siguió con más cautela que nunca. Se tendió de bruces en la tierra, y asomó muy cautamente sobre el abismo. Llegó justo a tiempo de verlas desaparecer tras un torcido arbusto que asomaba, casi colgando, sobre el vacío. Perplejo, esperó verlas de nuevo. No reaparecieron. Ya no estaban en la ladera. Habían sido tragadas por la tierra, simplemente.

—¿Será verdad que el Diablo mora aquí, y ahí está el acceso al infierno? —se preguntó asustado, aunque en seguida apartó de su mente semejante idea pueril.

Tras esperar unos minutos, él mismo descendió por ese terraplén, aferrándose a los ramajes para no caer al mar desde tal altura. Su pasmo pasó. Ahora todo se explicaba. Bajo el arbusto saliente, había una pequeña oquedad. Una angosta cueva sepultándose en el acantilado.

Se aventuró por ella, cada vez más seguro de que iba al encuentro de una solución del misterio. La oscuridad le engulló. Un paso estrecho, por el que había que deslizarse agazapado, en una sola dirección posible.

Tras un cierto trecho de moverse a oscuras, vislumbró luz en alguna parte, allá al fondo. Era una claridad rojiza y difusa, pero tras las sombras de aquel raro camino, producía el efecto de ser resplandeciente.

Y llegó a un lugar de pesadilla, realmente increíble, que le hizo pestañear, estupefacto, sin casi dar crédito a lo que veía.

Estaba en una gruta de regulares dimensiones, separada de otra mucho más amplia, por una reja de gruesos barrotes de metal oxidado, que parecía descender del techo húmedo y abovedado.

—Sin duda, cavernas de viejos contrabandistas de estos mares —se dijo Ralph, mirando a lo que tanto le había impresionado, desde este lado de los barrotes—. Y alguien lo ha convertido en. . . en esto.

La luz roja partía de una serie de lámparas de petróleo envueltas

en celofán de ese color, distribuidas en pequeñas hornacinas en los muros chorreantes. Su claridad daba fantasmales, alucinantes perfiles, a la sólida y estremecedora figura del ídolo situado al otro lado de la reja, sobre un pedestal de piedra viva.

Aquel ídolo dantesco, sólo podía representar a Satán, con su faz de fauno maléfico, sus retorcidos cuernos, su barbilla y patas de chivo y sus zarpas crispadas, como garras voraces. La claridad roja envolvía la estatua en un halo maligno e infernal.

Ante ese ídolo monstruoso, de más de cuatro metros "de altura, una serie de piedras parecían formar asientos o gradas. Y entre esos asientos y la figura satánica, una piedra redonda, como la de un viejo molino, tenía todo el aspecto de un altar de sacrificios. Además, las manchas secas, de color óxido, que salpicaban su superficie en forma de charcos o regueros, sólo podían pertenecer a sangre animal. . . o humana.

La idea de ritos diabólicos con sacrificios humanos, golpeó la mente de Ralph Bridges como un martillazo. Parecía imposible hallar algo así. en esta época, pero el lugar donde estaba no dejaba lugar a dudas.

Bruscamente, un cántico lejano llenó de profundos ecos el recinto. Ralph se pegó a la pared, angustiado, esperando asistir a algo realmente estremecedor.

Pronto se abrió una puerta, siempre más allá de la reja, en la sala de ritos, y una hilera de muchachas enteramente desnudas, de figura adolescente, surgió en medio de ese ritual cántico que parecía surgir de la tumba, y que sus jóvenes gargantas emitían con sorprendente fervor.

Las Criaturas jóvenes y desnudas se situaron en las gradas de piedra, formando semicírculo ante el ídolo, al que veneraron en silencio, con reverencias primero y con obscenas posturas después. La letra del cántico se hizo soez y provocadora.

Las muchachas empezaron a acariciarse y besarse mutuamente. La orgía iba a comenzar. Pero Ralph sabía que faltaba algo más. Aquellas jóvenes, sin duda alumnas del colegio, parecían en trance. Como sometidas a un influjo hipnótico. . . o a una droga alucinógena. Ralph calculó que esta caverna debía hallarse justamente debajo del colegio. Algún acceso secreto, conocido por ellas, era su ruta hacia el lugar de reunión.

Acto seguido, todas se inmovilizaron, como si algo fuese a ocurrir. Y así fue.

Una voz potente, empezó a cantar una rara letanía en alguna parte. Esa voz causó sobre ellas un impacto poderoso. Se irguieron, rígidas, la vidriosa mirada fija en el ídolo, la luz roja envolviendo sus cuerpos de muchachas de una claridad satinada y de sombras

profundas.

Una nueva figura inquietante surgió ante las sacerdotisas de la deidad demoníaca. Ralph contuvo el aliento.

Era Stella. Pero vestida con una larga túnica sin anudar, dejando ver bajo la misma sus formas opulentas en obscena desnudez. Como máxima sacerdotisa de aquella satánica reunión, se situó bajo la deidad de piedra, alzando sus brazos en alto y comenzando una serie de cabalísticas y oscuras frases, que todas las chicas corearon solemnemente. Una caperuza también roja, fue subida ahora sobre la dorada cabeza de la bella australiana, quien detuvo de pronto su melodía lúgubre para invocar a Satán con frases sucias y perversas, antes de dirigirse a sus discípulas y avisar con voz potente:

—Mis queridas siervas: esta vez, la reunión en torno a nuestro amo y señor, Satán, va a tener un especial sacrificio humano, encaminado a que los extraños y los enemigos se asusten y nos dejen de una vez por todas. Vuestra suprema sacerdotisa, señora de las Tinieblas, y reina suprema de todas nosotras, como sierva predilecta del adorado Lucifer, va a entrar en la sala con la víctima del sacrificio.

. .

Todas se pusieron de rodillas, cantando letanías abominables. La puerta volvió a abrirse. Para asombro de Ralph, incluso la sacerdotisa de roja túnica y capucha inclinóse en actitud servil ante quien entraba.

Y Ralph Bridges descubrió en ese momento a la auténtica sacerdotisa de Satán, a la fiel servidora del Diablo, sin duda el cerebro inductor de toda la perversión sangrienta que reinaba en la isla.

¡Helena, la dulce, amable y afectuosa muchacha griega que acudiese a recogerlos al Pireo!

Ella era la sierva fiel de Satán. La máxima autoridad de la diabólica secta. . .

Pero eso no fue todo. Con ella, venía algo más: una plataforma de madera sobre ruedas, como un carromato de tosca factura. Y encima de éste, un cuerpo ligado y amordazado, aparentemente en trance total. Un cuerpo de mujer.

Ralph Bridges la reconoció. De su boca escapó, incontenible, un grito de asombro y horror. ¡Era Melina, su esposa!

Iban a sacrificarla a ella ante la imagen de Satán. . .

Todas las siervas del demonio, se volvieron hacia él, con expresión maligna y feroz, al sonar su grito retumbando bajo la bóveda rocosa. . .

Ralph supo entonces que él también estaba perdido.

CAPITULO VIII

La reja subió silenciosamente cuando la alarmada Stella manipuló un resorte oculto tras el ídolo de piedra. Su brazo se extendió, señalando al intruso con rígido dedo acusador que emergía de la amplia manga escarlata de su túnica.

—¡Ahí! —voceó, con ojos llameantes—. ¡Un intruso, un enemigo de nuestro Satán amado! ¡Destruidle, pronto!

Todas las muchachas, como una desnuda horda adolescente, se precipitó hacia él. Sus ojos centelleaban como carbones, sus bocas estaban crispadas, convertidas en auténticas fieras sedientas de sangre por algún raro conjuro al que, sin duda, no eran ajenos ciertos fármacos.

Ralph retrocedió ante esa oleada femenina que resultaba mil veces peor que el ataque de una jauría de perros rabiosos, sabiendo que no podría huir ya de la diabólica caverna, a menos que se produjese un milagro.

Y el milagro se produjo.

Repentinamente, la puerta de entrada de las muchachas en la cripta, cedió ante un poderoso ataque, desmoronándose. Dos hombres armados de revólver hicieron su aparición en el umbral, haciendo retumbar las armas de fuego, seguidos por otro hombre que esgrimía una escopeta. También disparó sobre las presentes, haciéndolas retroceder, asustadas.

Este último era el profesor Xenakis. Los otros dos, el oficial Zarchos y su ayudante Miklos.

—¡Quietas todas donde estáis, o juro que vuestro demonio va a tener más víctimas de las previstas! —avisó Zarchos con voz potente, haciendo retumbar de nuevo la gruta con un disparo al aire—. ¡No me obliguéis a tirar a matar!

Entre gritos de sobresalto y sollozos, las mujeres y las muchachas se acurrucaron bajo la sombra de su monstruosa deidad, como implorando su ayuda y protección, pero al parecer su suerte estaba echada. Ralph, con un resoplido, se unió a los policías, corriendo a comprobar el estado de su esposa, inconsciente sobre la madera rodante.

—Dios mío, ¿cómo pudieron hacerlo? —jadeó—. Dejé a Melina descansando. . .

—Lo sé, doctor Bridges —afirmó gravemente el joven policía—. Estaba vigilada la casa de Spyros Zorbe. Yo también me di cuenta de que la joven Stella llevaba pocos meses en la isla. Ella debió iniciar a Helena en este juego maligno. Pero Helena resultó ser mentalmente más fuerte que ella. Y más cruel. Sin duda es la inductora de estos

crímenes atroces, que forman parte de sus monstruosos ritos. Stella había pasado a ser su auxiliar, simplemente. Ahora ambas pagarán sus culpas. Las muchachas parecen todas bajo una droga, ¿no cree, doctor?

—Sí —susurró Ralph, mirando las pupilas de su esposa—. Y mi mujer también. Iban a sacrificarla, Dios mío. De no ser por usted, ella y yo hubiéramos muerto hoy aquí.

—Es misión de la policía evitar cosas como ésa, doctor —sonrió Zarchos amistosamente—. No se preocupe por nada. Usted puede llevarse consigo a su esposa para que se recupere de su actual estado. Y nosotros nos ocuparemos de esta jauría de muchachas enloquecidas. Hasta mañana, doctor. ¿Quiere que les deje en alguna parte?

—No, gracias —negó Ralph—. Creo que lo mejor será hacer volver en sí a mi esposa y regresar andando a casa, respirando el aire puro de la madrugada. Nos veremos mañana, oficial Zarchos. Dios quiera que todo haya terminado al fin.

—Eso parece, ¿no? —rió el policía jovialmente, señalando al grupo de mujeres dominado por sus armas—. Se ve que su adorado Satán no puede protegerlas de un buen balazo. Están llenas de miedo las dos. La Ley las hará pagar caro tanto crimen absurdo. . .

Ralph asintió, llevando en brazos a su esposa fuera de aquel recinto demoníaco. Una vez en el jardín del colegio, procedió a reanimarla, tras pedir al profesor Xenakis el botiquín del colegio.

Y minutos después, mientras Zarchos y Miklos se llevaban al pueblo una reata de mujeres atadas, con Stella y Helena a la cabeza —y vestidas adecuadamente las colegiales—, él y su esposa iniciaban lentamente, andando sendero arriba, el regreso a la casa de la cima.

* * *

—Fue ahí, Melina. ¿Ya no te asusta ese lugar?

Ella se detuvo donde cayera el coche de sus padres y hermano, marcando la gran tragedia de su infancia y de su vida. Para asombro de Ralph Bridges, Melina miró al fondo, examinó el paraje en torno, esbozó una tenue sonrisa, en su rostro pálido pero tranquilo, y miró a su esposo dulcemente.

—No, Ralph. Ya no —dijo sorprendentemente.

—Pero no entiendo. . . La otra vez. . .

—La otra vez, Ralph, seguía aferrada a mi vieja visión de los hechos, a lo que pretendí que había sucedido, tratando de convencerme a mí misma de algo que nunca fue como yo imaginaba.

—Temo no saber a qué te refieres, querida —la contempló, intrigado, erguida allí, al borde del abismo, totalmente calmada y sin temores en su rostro.

—Es sencillo, Ralph. Esta noche, el terror de verme secuestrada

por Helena y conducida a aquella horrible cueva, donde me desvanecí sin necesidad de droga alguna, víctima de mi propio pánico, me ha hecho perder el miedo a todo, incluso al pasado. Y en mi aturdimiento, cuando temí ser sacrificada, mitad dormida mitad despierta, pude al fin recordar la verdad.

—¿La verdad?

—Sí, querido. Supe que yo nunca maté a mis padres, ni por accidente ni intencionadamente. Yo caí fuera del coche porque ya estaba fuera del mismo. . . CUANDO ANGELOS, MI HERMÁNITO, PISO EL ACELERADOR, sorprendiendo a mi padre y precipitando el coche al vacío. Y todo porque le habían pegado y le negaron un capricho. . . Sí, Ralph. Angelos no era tan bueno como su aspecto daba a entender. Había un demonio dentro de él, y ese terrible día lo liberó, queriendo vengarse de todos nosotros, de sus padres y hermana, como si matar fuese un simple juego. . .

Bajó la cabeza, con un estremecimiento, y Ralph la contempló fijamente.

—De modo que eres inocente de todo, Melina. . . y además, ya estás curada.

—Sí, Ralph. Como médico, debes saber que, a veces, un tratamiento de shock resulta, aunque sea demasiado intenso. El terror de esta noche me abrió las puertas del subconsciente por completo. Y ahora que ya estoy curada, Ralph, es el momento de sentirnos felices, de empezar una nueva vida los dos. . . Creo que todo te lo debo a ti.

—No digas eso —rechazó Ralph, pensativo, la mirada perdida en el azul marino de la madrugada en el Egeo—. Fue el azar, el destino, quien te devolvió a ti misma. Yo nada hice por evitarlo. Después de todo, para mí ES PREFERIBLE QUE TE VUELVAS LOCA O QUE MUERAS, mi querida esposa.

Melina le contempló con expresión de pasmo en su rostro.

—Bromeas, ¿verdad, Ralph? —murmuró.

—¿Tú qué crees? —sonrió él con extraña dureza, asomando un brillo acerado a sus ojos, habitualmente tiernos y profundos—. ¿Sabes que cuando cumplas la mayoría de edad serás inmensamente rica?

—¿Yo? —ella se echó a reír—. Ralph, no sé por qué te burlas de mí de ese modo. ¿Es para celebrar mi curación definitiva?

—No, Melina. Tú misma lo ignoras, pero yo lo sé hace tiempo. Investigué tu pasado, tu vida, tu persona, antes de ser tu esposo, de darte el alta para casarnos. Así supe que los abogados de tu padre tenían previsto que, al cumplir tu mayoría de edad o al casarte, pasaras a tomar posesión de una fortuna que él guardó para ti, sin revelar nunca a nadie, salvo a tu tío Spyros que, sin duda, también se lo debió mencionar a alguna de esas mujeres que trabajaban a su lado. Serías rica al casarte, Melina. Y ya estás casada. La fortuna de tu

padre, en estos años, se ha convertido en una suma enorme, dado que la invirtió en una serie de valores cuya cotización ahora es veinte veces superior a la de su época, y han rendido grandes beneficios además. Como ves, estoy muy enterado de los detalles. Ahora eres muy rica. Si mueres o eres recluida por demente, tu fortuna pasa, naturalmente, a tu marido. A mí. Pensé en enloquecerte de modo definitivo. De ahí que la dama de Atenas te empezara a obsesionar con sus apariciones, incluso a bordo del yate.

—¡Ralph! —con repentino horror, ella dio un par de pasos atrás—. ¿Es posible que tú...?

—No era difícil, cariño. Un cómplice de toda confianza. Quien nos seguía en el coche dorado en Londres, quien puso el esqueleto en la antesala, la dama de pelo negro y gafas de espejo de Atenas y el yate. . . Es la misma persona. Lo del yate fue difícil y arriesgado, porque tuvo que lanzarse desde una isla cercana, al paso del mismo, con equipo de inmersión, subir a bordo sin ser advertida, vestir sus ropas y postizos, y regresar al fondo del mar y a la isla cuando la buscábamos. Ahí la tienes, querida. . . Mi fiel y amante enfermera Diana Loring. . . que también es mi amante y disfrutará conmigo de tu hermosa fortuna, amor. . . CUANDO CAIGAS AHORA, ACCIDENTALMENTE, y víctima de uno de tus traumas habituales, por supuesto, al fondo de ese barranco donde viste morir a tus padres y hermano. Pobrecita Melina, ¿quién dudará de que todo ocurrió así? Oficialmente, yo incluso ignoro que tu muerte me conviene en persona muy rica. . .

Por una cuneta de la desierta carretera, venía hacia ellos un personaje de pesadilla, al que ahora Melina no temía como una simple alucinación suya, sino como un ser vivo y amenazador, que planeaba su muerte, en complicidad con su propio esposo.

Era la mujer de pelo negro y estirado y las gafas de espejo, la misma de Atenas, del yate. . .

—¡No, Dios mío, no! —sollozó—. No, Ralph, no me asesinéis. . . Quiero vivir. ¡Quiero vivir! Quedaos con mi dinero, con todo lo mío, pero dejadme la vida, te lo ruego. . .

—Lo siento, cariño —murmuró fríamente el joven médico mirándola sin piedad alguna en sus ojos inteligentes y crueles—. Está decidido. No podemos hacer otra cosa, compréndelo. .

La dama se había despojado de la peluca negra y las gafas de espejo. Bajo todo ello, aparecía una melena rubia, recogida, y unos ojos azules y fríos, clavados burlonamente en ella.

Ralph, implacable, avanzó hacia Melina, situada de espaldas al borde de abismo, y alargó sus brazos, para darle el empujón definitivo. . .

—Salta, Melina, salta al abismo. . . —murmuró él—. Es como si

hubieras caído con tus padres y tu hermano, aquel horrible día. . . Salta. . . o tendré que empujar te yo. . .

—¡Nooooo! —sollozó ella, desgarradoramente, dando un paso más hacia su perdición, hacia su trágico final—. No. Dios mío, no. . .

Ralph Bridges avanzó decidido. Se dispuso a empujarla y terminar de una vez.

* * *

—Será mejor que no lo haga, señor Bridges. Una acusación de asesinato sería mucho peor que la de intento simplemente. . .

Ralph lanzó un grito de rabia y se volvió en redondo. Su cómplice, la rubia enfermera, también chilló, colérica, palideciendo.

El oficial Zarchos, con una sonrisa glacial, aparecía tras unos arbustos, revólver en mano, encañonando a Bridges sin la más mínima vacilación.

—¡Usted! —jadeó el joven médico, convulso—. ¡Tenía que estar muy lejos de aquí!

—Eso es lo que usted suponía. Y lo que yo tenía que hacerle creer. . . —sonrió burlonamente el policía griego—. Cuidado, señora Bridges. Apártese de ese lugar. Es peligroso. No tema nada de su esposo. Si intenta empujarla, le volaré la cabeza de un balazo. No, no creo que lo intente siquiera. Es demasiado listo para eso.

—Usted tampoco es tonto, oficial —masculló Ralph, furioso— ¿Sospechaba de mí?

—Yo sospecho siempre de todo el mundo —admitió el joven policía—. Sobre todo, cuando supe que ella sería rica al casarse, y que lo ignoraba. Pero no usted, que había pedido informes sobre Melina Zorbe a los abogados de la familia en Atenas. . . Como ve, esto no es Inglaterra, ni nosotros Scotland Yard. Pero con nuestros limitados medios, no lo hacemos mal del todo. . .

Liego, revólver en mano, junto a Melina Zorbe, que lloraba, rota en desilusiones, y la tomó de un brazo, afectuosamente, apartándola de modo definitivo del borde del acantilado.

—Se lo prometí, ¿recuerda? —habló afablemente—. Dije que cuidaría de usted. . . y no era simple cumplido, señora.

Ella miró al oficial. Por vez primera acaso, descubrió que bajo aquel uniforme había un ser humano entrañablemente noble y valeroso, y que unos ojos varoniles, profundos y sinceros, la miraban con afecto y simpatía. Incluso notó que el joven oficial Zarchos era muy atractivo. . .

—Gracias, musitó aferrándose a su brazo—. Gracias. . . por todo.

Y mirando a su esposo, añadió con dolor:

—Adiós, Ralph. Eres indigno de que sufra por ti. Ahora sólo pienso en vivir. Lejos de hombres como tú. . .

El nada dijo. Zarchos extrajo dos juegos de esposas. Hizo que la enfermera esposara a su amante y cómplice, y la esposó a ella después.

—Vamos al pueblo —dijo secamente—. ¿Me acompaña, señora Bridges?

—No, Zarchos, gracias —negó ella—. Voy a regresar sola a casa. Sin prisas. Ya no tengo nada que temer por parte de nadie. Subiré después, ¿verdad?

—Claro. Cuando esté descansada. Por la tarde. Buenos días, señora Bridges.

—Buenos días, Zarchos —le dirigió una mirada de afecto y ternura—. Es usted el mejor hombre que he conocido. Le estaré esperando. Ah, y no vuelva a llamarme así. De nuevo soy, simplemente, Melina Zorbe. Lo seré de modo efectivo cuando obtenga la separación de ese monstruo. . .

Se alejó carretera arriba, con decisión y vitalidad. Zarchos, sonriente, la vio partir. Luego empujó a sus dos prisioneros carretera abajo.

—Vamos, señores —ordenó secamente—. Ella ya está libre de ustedes dos para siempre. . . Y libre de sus miedos, de sus angustias. Después de todo, encontró la paz y la verdad en esta isla. Y no la muerte, como usted" deseaba, doctor.

Bridges permaneció callado, sombrío, caminando cabizbajo junto a su amante. Allá abajo, el sol dormido parecía a punto de despertar a la primera luz del alba, como un amanecer blanco y resplandeciente, besado por el azul de las aguas mediterráneas.

Camino de la cumbre, una mujer joven y hermosa caminaba, ya liberada de todos sus pesares y pesadillas.

Zarchos no podía dejar de pensar en ella.

Y eso que ignoraba que Melina también iba pensando en él en todo momento.

Después de todo, ambos eran jóvenes. Lo bastante jóvenes como para pensar en una nueva vida para el futuro. . .

FIN